

«Alcornoques en la sierra de Córdoba». 100x100 cm. Córdoba, 1922



RAFAEL BOTI

EXPOSICION ANTOLOGICA (1922-1978)

ATENEIO DE MADRID - SALA DE SANTA CATALINA

Noviembre, 1978

© Biblioteca del Ateneo de Madrid

El juicio definitivo sobre un pintor sólo puede proporcionárnoslo su antológica. En ella, ante la serie de cuadros que jalonan su vida entera, podemos aventurar ya un juicio completo. Cada época tiene su peculiaridad, y dentro de ésta es fácil encontrar unas obras capaces de complacernos, de explicarnos al artista en tal momento, pero será en la suma de todos sus períodos donde podamos encontrar los elementos definitivos de un juicio total. Aquí, ante la obra de RAFAEL BOTI, entre cuadros separados por «toda una vida» (más de cincuenta años), vemos surgir poderosa y original una personalidad definida y distinta. Hay entre la primera y la última época un nexo unitario que, cabalmente, puede llamarse personal estilo.

No ha sido fácil reunir esta exposición antológica. Primero, porque el pintor es hombre remiso a la exhibición; segundo, porque ha sido necesario buscar en sitios muy diversos los cuadros que habrían de completar el panorama completo de su quehacer. Y, como en otras ocasiones, la tarea esta ha significado una intrínseca tarea cultural. Artista de muy varia proyección, RAFAEL BOTI está ligado a nuestra Casa por muchos años y muchas afinidades de espíritu. Su obra, por otra parte, resulta de una acuciante actualidad.

A. M. C.

I N D I C E

PRESENTACION, por José Camón Aznar	5
MANUSCRITO, por Daniel Vázquez Díaz	6
INTRODUCCION A SU PINTURA, por A. Manuel Campoy	9
DIALOGO CON EL PINTOR, por Marino Gómez-Santos	12
ANTOLOGIA CRITICA	15
DATOS BIOGRAFICOS	55
EXPOSICIONES	56
REPRODUCCIONES	58



*a mi gran amigo Rafael. gran pintor. con mi admiración
y amistad de siempre. 15-7-78.*

Rafael Botí, por Juan Antonio Morales, 1978

PRESENTACION

DEL

PINTOR RAFAEL BOTI

por José Camón Aznar

Rafael Botí. Discípulo de Vázquez Díaz, gran título que el maestro ratifica al elogiar los caracteres de la pintura de Botí fundiéndola con la naturaleza en sus más bellos soles y crepúsculos.

Vázquez Díaz lo incluye entre los Nabis, con su visión como reciente y emocionada de las cosas.

José Caballero ha dicho de él, que siempre canta un pájaro en sus lienzos.

Hay en sus creaciones un claro proceso hacia una mayor simplificación, con una espontaneidad de tipo post-impresionista en la captación de los paisajes que, de una manera fresca y espontánea, recoge en sus lienzos.

José Camón Aznar

Rafael Boti

"Siempre canta un pájaro en sus cuadros" José Caballero.

La sensibilidad de Rafael Boti gusta de los colores limpios, en armonías claras y diafanas, de luces perladas, colores y matices delicados, de resoles febriles fugitivos en las tardes transparentes en que el artista se extasia gozoso de encontrar la superficie cromática de cada día y de cada hora. Recordemos "afueras de Madrid", "Tarde en el Botánico" "El árbol blanco de tanta poesía" "porque siempre canta un pájaro en sus lienzos" dijo José Caballero en el bello prólogo de su exposición en la Sala Minerva del Circulo de Bellas Artes: frase felicísima que mejor define la pintura de Rafael Boti. - Yo lo ~~incluí~~ incluyo en la familia de los Nabis de la escuela francesa llamados "Iuminados", Idealistas ^{Séguier}: Signac-Luce, Bonnard, Rousell, Vallotton, Rousseau, Redon, Gauguin (en Bretaña), Maurice Denis, y en España Regoyos y Cristobal Ruiz, muerto recientemente en Puerto Rico, expresiones puras de la pintura por la alegría de pintar. - Corot aconsejaba entre otras cosas "Il ne faut pas chercher, il faut attendre". Una alegría que es fruto

2/
de un gran amor. - Yo he visto los
primeros ~~paisajes~~ ^{paisajes} de Rafael, allí por los
años 19 o 20, cuando le conocí entre tantos
jóvenes pintores que venían a mi estudio
con Olasagasti, Caneja, Caballero, Morán
(1) les Zelaya, María Vallejo, hermanados
~~en~~ un solo entusiasmo; pintar!

Rafael
El vive una vida de silencio, lejos
de buscar renombre ~~esta~~ entregado al goce
intimo de la creación, de una obra ~~que~~
~~infectada~~ inyectada de sueños
y palpitaciones, de alma delicada
y sencilla.

Siempre he sentido devoción especial
hacia estos hombres entregados a la realiza-
ción de una obra en silencio, poniendo
en ella lo más hondo de su corazón.
- que la obra sea tan pura
como el alma de un niño -
por eso el pájaro siempre acude
al paisaje cuando Boti pinta
musicando el silencio.

Varquez Diaz

(1) Rodríguez Acosta



Vázquez Díaz, Juan Antonio Morales y Rafael Botí en la inauguración de la exposición de José Caballero en el Ateneo de Madrid en 1958.



Rafael Botí. Oleo de Santiago Pelegrín. 1921.

INTRODUCCION A RAFAEL BOTI

Por Antonio Manuel Campoy

«Yo he visto los primeros paisajes de Rafael Botí allá por los años 19 ó 20, cuando le conocí entre tantos jóvenes pintores que venían a mi estudio con Olasagasti, Caneja, Caballero, Morales, Pablo Zelaya, María Vallejo, Rodríguez Acosta, hermanados en un sólo entusiasmo: ¡«pintar»!

Vázquez Díaz

No se trata, pues, de ningún descubrimiento, pues Rafael Botí estaba bien descubierta ya, y nada menos que por don Daniel Vázquez Díaz, que fue el descubridor también de Pepe Caballero, Juan Manuel Caneja, Juan Antonio Morales y Fermín Santos, entre otros muchos pintores de la generación de Botí. Los últimos descubrimientos de don Daniel fueron Cristino de Vera y Rafael Canogar. Y descubrimiento, aquí, no quiere decir hallazgo azaroso, sino vislumbre razonado y corroborado día a día en los trabajos del taller. Estos pintores, Rafael Botí entre ellos, fueron discípulos de don Daniel y junto a él aprendieron, además de las técnicas del oficio, la difícil y no por todos aprendida lección de conocerse a sí mismos, de saber qué podían hacer y qué no debían esperar. Está por hacer el estudio de la influencia de Vázquez Díaz en la pintura —en

los pintores— de los últimos cuarenta años, influencia que en su caso fue tan lúcida y decisiva como la que, en su día, ejerció Cecilio Pla, a cuyo taller han de asociarse los nombres de Juan Gris, Solana y Bores, entre otros.

De los discípulos de Vázquez Díaz habrá que hacer la historia de acuerdo con sus relaciones estéticas con el maestro, cierto que no perdurables en todos en igual medida. Caballero, por ejemplo, sacó un caballo surreal y se lanzó a galope tendido por las celestes praderas del sueño. Fermín Santos hurgó en sí mismo y se encontró con Lucas y Goya. Cristino de Vera abandonó la senda sensual del andaluz y entró en su cenobio de cipreses y oros. Canogar arrastró la posibilidad expresionista hasta la orilla misma de la hoguera fallera. Caneja se redujo



Campoy y Botí en el
Ateneo. 1978

a su único paisaje. Morales se dio al juego prohibido del retrato social... Sólo Rafael Botí ha permanecido fiel a la estética del maestro, siendo, a pesar de ello —o tal vez por ello mismo— el menos relacionable figurativamente con don Daniel, cuya lección perdurable hay que localizarla en la alegría íntima de su obra («una alegría que es fruto de un gran amor», como decía el maestro), en la claridad musical que la solemniza mansamante, en la pulcra dicción.

Si miramos bien los cuadros de Rafael Botí sorprenderemos en ellos la huella de la enseñanza cubista que redimió a don Daniel de cualquier servidumbre impresionista. No es que Rafael Botí tenga nada que ver con el neocubismo, pero sí que aprendió a través de don Daniel la lección antisentimental de la geometría, una disciplina que aquí no asoma sus aristas pero sí

que sugiere su indiferencia y hasta repulsión por la confusión y la orgía cromática. Un casto aire musical recorre estas composiciones de claro lenguaje y poético sentido. Una luz mañanera las cobija, una luz que es la antítesis de cualquier vagarosidad. Las cosas se desnudan de toda retórica y se ofrecen exentas, se diría que casi ingenuas, pueriles —niñas—, extrañas a todo lo que no sea su inocente esplendor, y siempre tan recatadas, tan negadas a exhibirse que sólo se dejan sorprender en la intimidad.

Se ha dicho que Fray Angélico pintaba de rodillas sus Madonnas y que Regoyos se arrodillaba para pintar una col. ¿Y Rafael Botí? ¿Cómo pinta Rafael Botí? Temblando de emoción, con la sensación de un intruso. Ve las cosas —un patio, el campo, unas flores— como cerrados paraísos a los que no es lícito acceder, huertos

cerrados en los que no se debe entrar, que hay que dejar así, como son, sin tocarlos, como la rosa del poeta. Pero su timidez de contemplar se ve seducida por la quietud y el silencio de las cosas y, de puntillas, temblando, se acerca a ellas y las retienen sin que lo adviertan, como aquellos románticos que besaban el sueño de sus amadas sin despertarlas, y así de castas y sosegadas nos llegan las cosas desde sus cuadros, hechas puro recuerdo ya, soñado testimonio. La realidad no hiere aquí con ninguna de sus notas acuciantes.

Todo se mitiga en el reposo de la luz, en la fiesta íntima de los colores, en la silente hora de una siesta monacal. ¿No habéis presentado en la pintura de Rafael Botí algo así como una paz de claustro, la paz antigua de los jardines solos? Ello es debido al clima intimista en que todo se ofrece, a la amorosa soledad en que todo se ordena. La Naturaleza está ahí, ciertamente, pero con su frenesí ensordinado. Las cosas nos hacen llegar su informe preciso, pero traducido a pintura ya, recreadas hasta no ser ellas mismas, sino su naturaleza pictórica, y aquí, en esta traslación de la realidad, es donde hay que situar a Rafael Botí. Eso es una plaza, un muelle del Sena, un jardín, un bodegón, pero

son otra cosa ya: son su conversión en pintura, y si aluden tan humanamente a lo que originariamente son es porque su lenguaje no es el del mero parecido, sino el lenguaje de su esencialidad. Sólo una pintura intrínseca puede comunicarnos la emoción de las cosas. La otra, sin ni siquiera llegar a la literalidad de la cámara fotográfica, se queda siempre en su apariencia.

Hay aquí también, y muy visible, un propósito de reducir a pura expresión plástica lo que podría ser, de querer el pintor, lujoso despliegue de ornamentos. Rafael Botí va quitando todo lo que no es esencial al cuadro, lo priva de cualquier sensualidad accesoria, lo reduce a su esquema íntimo formal. Podría, de querer, dar suelta aquí a cualquier recurso barroco, pero su raíz cordobesa —senequista— lo compromete en una ascésis casi total. No hace concesiones al pintorequismo andalucista precisamente porque es esencialmente andaluz, y allá al fondo, como esos pájaros invisibles que pueblan los huertos, al fondo de cualquiera de estos cuadros, se presiente, grave, un bordón, y hasta puede que una copla.

A. M. CAMPOY

DIALOGO CON EL PINTOR

Por Marino Gómez-Santos

Silencioso como un hermano lego, su devoción por la pintura la ha empleado para alabar a Dios por medio de sus pinceles. Hasta tal punto es cierto que de Rafael Botí podría decirse lo que Ortega escribió de Regoyos: que daba la sensación de que su misticismo artístico le hacía «ponerse de rodillas para pintar una col».

Alguna vez, al pasear por Córdoba, hemos podido confrontar realidades que ya habíamos percibido en los lienzos de Rafael Botí, tales como el ambiente recoleto de sus patios orlados de macetas; los silenciosos rincones de sus calles; la deslumbrante cal; la sierra y el olivar.

José Caballero dijo ya hace mucho tiempo que en los lienzos de Rafael Botí siempre canta un pájaro.

DE ROMERO DE TORRES A VAZQUEZ DIAZ

El Conservatorio de Córdoba estaba instalado en el mismo edificio del Museo Municipal. Rafael Botí, con la caja del violín bajo el brazo, entró un día en el Museo tras un grupo de visitantes. Así entró al cielo abierto de la pintura.

— Luego ocurrió que a los chicos de mi colegio nos llevaron a visitar el estudio de Romero de Torres, lo que acabó de colmar mi interés por la pintura. Aún recuerdo la impresión que me produjo, al entrar, el aroma a barnices; el contemplar la paleta de Julio Romero, cubierta de

colores frescos, brillantes; los lienzos estupendos de aquella época suya, que me descubrían una pintura diferente, porque hasta aquel momento no había visto yo más pintura que la religiosa.

Pocos días después, Rafael Botí se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba.

— No había cumplido yo los diez años cuando empecé a manejar el carboncillo en aquella clase destartada donde nos ponían modelos geométricos, lacería de la mezquita de Córdoba reproducida en yeso por Mateo Inurria, interminables y aburridas pirámides, esferas y cubos. Hasta que un día me fui más temprano a la clase y me apropié de una figura clásica para comenzar a encajarla en el papel antes de que llegará el profesor.

Aquella tarde fue Julio Romero de Torres el primero en llegar, porque en aquel tiempo era profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba.

— Se colocó detrás de mí y yo sentía sus ojos en mi espalda, mientras continuaba dibujando. Hasta que me dio un toquecito en el hombro. Me levanté en seguida y don Julio comenzó a remangarse los puños de la camisa, lo cual quería decir que iba a corregir mi lámina. Le entregué mi carboncillo, temblando de emoción, y Romero se puso a dibujar sin pausa hasta que el bedel dio la hora. Era muy simpático don Ju-



Gómez Santos con Botí, en su estudio el día de esta entrevista. 1970

lio y al levantarse me dijo: «Bueno, Rafaelito, parece que está terminado y que ha quedado bastante bien; mañana empiezas otro.» Me apresuré a firmarlo, para llevarlo, corriendo, a mi casa.

Después comenzó su época de rebeldía artística y algunas personas versadas en materia de arte dijeron que Rafael Botí estaba influenciado de Regoyos, pintor que él no conocía.

— No era fácil, en aquel tiempo, tener reproducciones a la mano, como ahora, y para conocer la obra del gran Regoyos me trasladé a Bilbao. Me pasé todo el día en el Museo, contemplando aquella obra admirable.

En 1918, el periódico «La Nación», de Buenos Aires, celebró en Madrid una exposición con la obra actual de Vázquez Díaz. Acudió Rafael Botí para ver directamente la pintura que con tanta dureza, era combatida en aquellos días.

— Entré en la sala sin prejuicios, a pesar de las atrocidades que había oído y ante el retrato de Rubén Darío, me convertí ya para siempre en admirador fanático de Vázquez Díaz, a quien aún no conocía personalmente. Este gran retrato fue para mí una revelación profunda.

No resultaba difícil, en el Madrid de 1918, encontrar a un artista. Rafael Botí inició entonces una amistad con Vázquez Díaz con todos los riesgos que ello arrostraba en aquel momento de estrechez academicista.

— La lucha contra Vázquez Díaz era atroz y si no le tiraban piedras cuando pasaba por delante de ciertos edificios madrileños, era porque los que los ocupaban no se atrevían. A los que tuvimos en aquellos años la valentía de ser sus discípulos y sus amigos se nos tachó de insensatos. No nos importaba, porque teníamos la intuición y la certeza de que nuestra verdad resplandecería muy pronto, como así ocurrió.

PARIS, IDA Y VUELTA

Obtuvo una pensión artística de la Diputación de Córdoba para ampliar estudios en París. Aprovechó el tiempo con verdadera avidez. Las obras de Picasso se exponían en los escaparates de las salas de arte y el pintor malagueño acudía todas las noches al mismo café.

— La visión teórica o imaginativa que yo tenía de algunos maestros de la pintura francesa se modificó sensiblemente al tener la facilidad de contemplar su obra y poder contrastar algunos detalles con la realidad y bajo la luz de París. Creo que aquel fue un viaje muy fructífero para mí.

A su regreso a España trabajó mucho Rafael Botí. Las exposiciones de sus obras se sucedían en Madrid, en Córdoba y en otras provincias. Después de la guerra estuvo mucho tiempo sin poder dedicarse a pintar.

EVOCACION DE CORDOBA

En el estudio de Rafael Botí hemos visto su obra última en la que está representada su tierra cordobesa en estudios de sencillez admirable.

— Me gusta de Córdoba el silencio que hay en sus calles y ese aroma que viene del campo, que es una lástima que no pueda expresarse con todos los recursos de la paleta del pintor. Córdoba tiene tres colores fundamentales: el blanco de la cal, el ocre y el azul. Con estos tres se puede pintar todo.

Rafael Botí como andaluz trasplantado a Madrid, ha pintado Castilla sin grandes dificultades plásticas.

— La luz de Madrid es una de las más bellas y finas del mundo, aún más que la luz andaluza. No me ha ocurrido a mí lo que a Darío de Regoyos cuando se trasladó del norte a Andalucía: la luz le cegaba y no podía pintar. El aire de Madrid, aun con la moderna polución atmosférica, es en algunos sectores maravilloso.

En sus viejos catálogos de exposiciones figuran títulos de obras relacionadas con Madrid: «Arboles del Botánico», «Paisaje de Madrid», «La fuente del patio del Museo Romántico», «Rincón del huerto en la casa de Lope de Vega», «Afueras de Madrid», «Paisaje del arroyo Abroñigal».

SOBRE LA JUVENTUD

De Vázquez Díaz, amigo y maestro, ha recibido Rafael Botí algunas influencias ideológicas. Una de ellas es que mientras se está cerca de

la juventud no se envejece tampoco artísticamente.

— Siempre fue la obligación de los jóvenes el ser rebeldes y el desear algo nuevo y mejor. Esto es admirable. Con relación al arte, nunca se movieron en un clima más propicio para ellos que el actual, por los rápidos medios de información que dispone y el respeto y aliento que recibe por parte de la crítica, lo cual no ocurría antes. Ahora bien, sírvales de acicate el saber que los que mandan aún en el arte actual son hombres que ya eran maduros antes de que otros hombres pusieran el pie en la Luna. Como Velázquez y Goya nos transmitieron el ambiente de su época, a los jóvenes les corresponde la ingente tarea de encontrar un estilo que nos dé idea de este período histórico de guerras, hambre, miedo atómico, secuestros y, también, el espanto de la guitarra eléctrica y los festivales de la canción. No me asustan las audacias, pero no tolero la falta de sinceridad. La obra plástica siempre se asentará sobre una arquitectura de equilibrio, ritmo y matiz, y de no ser un Miguel Ángel, la vida es corta para comprender un poco de este gran proceso. Si la impaciencia de los jóvenes pintores les lleva a improvisar, sin una base de estudio, les ocurrirá lo que a esos ciudadanos que sin saber siquiera cuántas líneas tiene el pentagrama, se titulan ahora compositores y no dudan, incluso, en «mejorar» la música clásica.

Rafael Botí convalece de una operación quirúrgica. Después piensa ordenar su obra para presentarla en Madrid en una gran exposición que resume su actividad de estos últimos años

MARINO GOMEZ SANTOS
«ABC», noviembre 1970

ANTOLOGIA CRITICA

Rafael Botí ha expuesto en el Museo de Arte Moderno unas obras alegres y simpáticas.

MANUEL ABRIL

«Blanco y Negro», junio 1935

En esa juventud llena de aspiraciones, existe algo que la hace digna de atención y de alientos. No son artistas que acepten pasivamente, sin salir a su encuentro, las cosas como las da la realidad o como las dan las interpretaciones consagradas. No son artistas resignados y con-



«Lirios». 65×54 cm., 1976

formistas. Llevan en su modo de ver el mundo de las formas y de los colores, la intención de marcarlo fuertemente con el sello de su espíritu. Lo que pintan o esculpen no es, lector, lo que tú ves corrientemente con tu mirar pasivo, ligero o distraído. Es lo que ven hombres atentos, que han educado y educan su mano y su retina para ir más allá de formas y colores, y descubierto al íntimo secreto de aquéllas y de éstos, ofrecértelo generosamente, dándote nuevas posibilidades y nuevos aspectos de goce y belleza.

Si llegas, lector, a darte perfecta cuenta de esta significación de los jóvenes artistas Botí y Moreno, sentirás cómo dentro de ti se abren y se ensanchan las puertas de la simpatía hacia esas formas de arte que tienen el valor de apartarse de lo vulgar y corriente, para buscar nuevos y personales caminos, que si en un principio pueden extrañarte o desconcertarte, a la larga han de servir para revelarte cómo «las cosas serán siempre capaces de ofrecerse con aspectos nuevos», mientras haya hombres con ánimos y corazón para descubrirlas y revelárnoslas.

Con ellos tenemos un deber de gratitud, que nos obliga a juzgarles seriamente, sin frivolidad y sin ligereza. Yo, lector, me atrevería, si queréis admitirlo, a darte un consejo antes de que comiences a contemplar las obras de estos artistas: y es que mires seriamente y por encima de toda preocupación el noble esfuerzo de estos hombres jóvenes por alcanzar una visión personal, en algunas de sus obras fuerte y enteramente expresada.

RICARDO AGRASOT

(De la presentación del catálogo de la primera exposición celebrada por Botí en Córdoba en el año 1923, en el Círculo de la Amistad, conjuntamente con su amigo, el escultor Enrique Moreno.)



«Patio de la casa solar de Iván de Vargas». 50×61 cm., 1949

En el centro del testero, frente a la entrada del salón, hay un paisaje de Fuenterrabía, prodigio de casta luminosidad; pero a su derecha, otro más pequeño, cuyo asunto es un aspecto de la ría de Bilbao, es algo más que esto, porque es además como el aliento apasionado del alma del artista, matizando con afectos humanos los colores de la Naturaleza. En una ocasión, y en asunto costero del Cantábrico, Botí recuerda dignamente, o sea, en espíritu, al gran Regoyos. Otros varios asuntos de Córdoba y de Madrid son dignos por su ejecución.

FRANCISCO ALCANTARA
«El Sol», abril 1927

Rafael Botí es el caso todavía excepcional entre nosotros de pintor moderno, muy joven, con técnica muy del día y valientemente orientado hacia el futuro. ¡Cuánta alegría, cuánta audacia y luminosidad, expresadas con gallardo y hasta temerario impetu juvenil!

Rafael Botí, es muy joven, delgado, sutil casi, como los sonidos armoniosos que producen en su oficio de instrumentista de orquesta, y todo anuncia que su nombre podrá brillar algún día como luz de estrella sobre el fondo majestuoso de la historia más peregrina que han fraguado

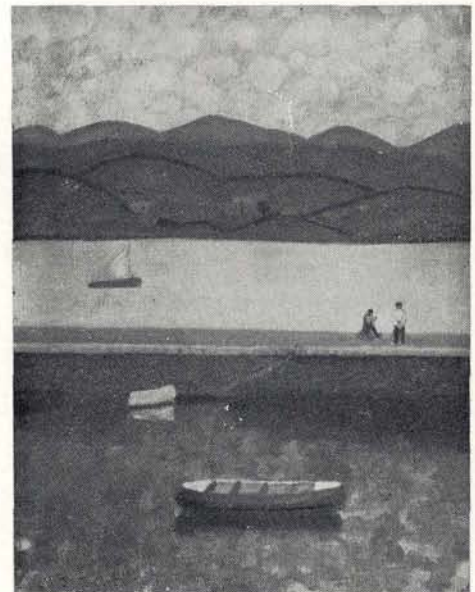
los hombres, porque es de Córdoba. Hagamos lo posible por desbrozar los caminos de la juventud bien dotada. Rafael Botí, es discípulo de Vázquez Díaz.

Este pintor tiene su violín, que deja en su casa cuando viene al campo, para oír la melodía de los cielos. No cabe mejor definición que pueda hacerse de la pintura de Botí. En sus paisajes hay que guardar silencio para escuchar su música. Cuando R. Botí va a pintar el paisaje elegido siempre le acompaña un pájaro. Hay en este pintor una pureza y una necesidad de pintar que aparece en el hombre desde la infancia, y que en Botí se conserva hasta en sus últimas obras.

Estas frases llenas de admiración fueron escritas en una ocasión por Daniel Vázquez Díaz, maestro de Rafael Botí.

En la obra de este artista existe como un balanceo entre la esencia de las cosas y el ejercicio poético de perseguir el imposible misterio de la imagen. Botí se entrega, al mismo tiempo a una profunda simplificación para llegar a una intimidad más directa y amorosa. Ante esta obra que nos presenta ahora, revalida su prestigio de gran lírico y nos descubre su apasionada presencia de pintor.

J. R. ALFARO
«Hoja del Lunes», marzo 1972



«Costa Vasca». 33×41 cm., 1925

He aquí, en medio del estrépito y gesticulación habituales de la plástica al día, a un pintor sosegado, intimista y recoleto: Rafael Botí, que expone treinta y tantos óleos en la Sala Minerva, del Círculo de Bellas Artes.

Botí no es un nóvel en el arte ni en la vida. En el catálogo de la exposición, el pintor José Caballero cuenta cómo Rafael Botí cambió en 1929 Córdoba por París, y cómo fue allí ganado por el experimento cubista. Imagino que el cubismo de Botí estaría más de acuerdo con Juan Gris que con Picasso. Hoy Botí no hace cubismo, naturalmente; pero en su obra permanece, sedimentada, la disciplina de aquel movimiento.

Botí gusta, por lo general, de los formatos reducidos, los temas humildes, los colores tran-

quilos, las formas reposadas. Una pintura grata a Azorin. En ella hay poesía, ternura, emoción contenida, amor.

SANTIAGO ARBOS BALLESTE
«ABC», diciembre 1959

Rafael Botí, expositor en Toisón, es un singular intimista entre sabio e ingenuo, dotado de un extraño sentido del color. Se recrea en una ejecución sosegada, pulcra, silente, que presta a su obra la gracia y tersura de una feliz imagen poética.

SANTIAGO ARBOS BALLESTE
«ABC», noviembre 1962

«Mar y pitas». 73×92 cm. 1968





Rafael Botí con su esposa e Isaías Díaz en la exposición que celebró en la Galería Lázaro. 1972

CORDOBA, en los cuadros de RAFAEL BOTI

De Rafael Botí dice Vázquez Díaz, el maestro de la nueva pintura española, que su sensibilidad le lleva a «gustar de colores limpios, en arminias claras y diáfanas de luces perladas, colores y matices delicados, de resoles febriles y fugitivos en las tardes transparentes en que el artista se extasia gozoso de encontrar la superficie cromática de cada día y de cada hora».

Estas autorizadas palabras pronto nos hacen entrar en la médula de la obra de dicho pintor. ¿Cuál es ésta? La que refleja con la mayor sencillez, tanto de líneas como de planos de color, al pintar aspectos del campo y del urbanismo de Córdoba. Hay en la factura de Botí un constante que le lleva a simplificar hasta lo sumario cuantos asuntos de dichos temas pinta.

CECILIO BARBERAN
«Hoja del Lunes», noviembre 1962

En cuanto a la originalidad y a la personalidad de estilo, no se encuentra sino en el solo y único pintor de la Exposición (Regional de Bellas Artes). Este es un cordobés, gloria aún no manoseada de Córdoba. Rafael Botí tiene una técnica tan fina como su inspiración. Lleva en sus cuadros la serenidad del alma de Córdoba y la delicadeza de su propio espíritu. Es el único pintor «actual» de esta exposición de estilos veteranos. Está por encima del modernismo, con una superación pictórica en que la pureza de formas armoniza con un colorido verdaderamente magistral. La «Playa de Fuenterrabía» es la serenidad hecha pintura, la modulación plenamente conseguida de los tonos verdes y azules, distribuidos de una manera sutil en una sensación atmosférica pura y musical.

JUAN BERNIER
«Diario de Córdoba», junio 1936

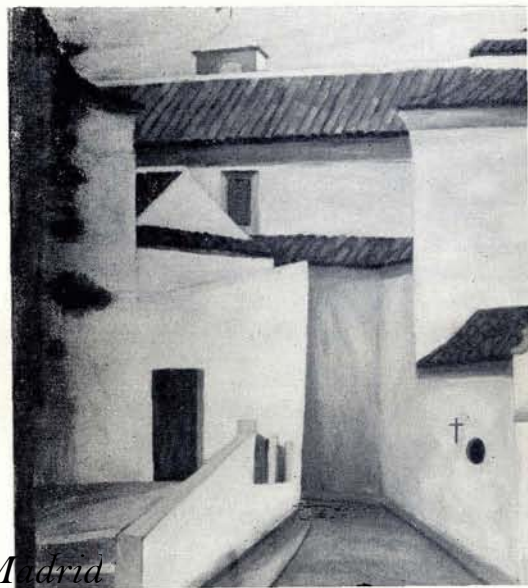
El reingreso de Rafael Botí en el ambiente cultural cordobés nos recuerda que no es tópicamente lo de la universidad cordobesa.

Rafael Botí no dejó Córdoba, sino que la llevó consigo, y ahora la trae en sus cuadros, adornados por las flores del tiempo y las experiencias del espacio ajeno. «Celeste Córdoba enjuta» mana de sus lienzos con color de muro enjalbegado y jaramangos de humilde historia. Pero de esta feble apariencia mana la captación poética de lo íntimo, la débil frontera entre el espíritu y las cosas minúsculamente humildes. Porque nada hay más difícil que lo sencillo y nada más persistente que lo efímero. Botí es ligero como una pluma para vivir el etéreo ambiente de lo leve, la flor, la piedra, la cal, la hoja, el árbol. Todo enlazado por la presencia estática del aire, de «su aire», sacado de cualquier umbrío rincón cordobés. Nada monumental. ¿Pero es que lo efímero, lo volátil, lo leve, no es un monumento de otra clase, más cercano al espíritu? El aliento de la alberca en el jardín umbrío de la casa de Viana, la verdina de amaranto del agua fluyente en el santuario de la Fuensanta, las arcadas albas del convento de Santa Isabel, la luminiscencia pasional del Cristo de los Faroles, ¿no nos llevan a creer a Botí un catador de néctares puramente espirituales? El solo monumento es su pintura. Una pintura que desde la «Córdoba sola», desde la Córdoba de los rincones, desde la Córdoba, cuyo más grande monumento es su tipo de hombre

humanista, perdurable siempre sobre cualquier circunstancia, que recorrió el ecúmene europeo—o Tafur, o Céspedes, o cualquier espécimen hebreo o árabe o cristiano cordobés—, que parecieron siempre no salir de casa, Rafael Botí bebe tiempo desde el impresionismo en años de experiencias exteriores, que de ninguna manera desvirtúan sus idiosincrasias y su intimidad cordobesa. Leve, Botí camina por las sendas de alma o de la flor, por los vericuetos de la sencillez. Esta es herencia, aunque no queramos, de la «Córdoba romana» y de su apolíneo y clásico sentido de la belleza. La frase machadiana no dice lo que para el cordobés es claro. El que las cosas más simples—el fondo de todos nosotros es «naive»—son las más importantes, aunque las otras produzcan más ruido. Pensar con sandalias o alpargatas, vestir el pijama viejo es garantía de autenticidad y también de eternidad. Góngora se preocupaba de sus sotanas y acariciaba las sedas en su casa de tres habitaciones y un brasero, en la calle la Feria. Camus no encontraba nada más paralelo a su armónica visión del hombre que una tapia blanca y una palmera junto al mar. En el mundo de hoy, de siquiatría y alienación, los cuadros de Botí hacen volver al hombre al paralelismo del alma y las cosas sencillas. Como el pan de Zurbarán sobre un mantel impoluto. Como los trozos de sol de un Gauguín sobre la arena mullida. Y latiendo, sobre el alma de los cuadros, el aura ya casi romántica de un persistente Rousseau, que se empeña en su humilde coyuntura con la naturaleza.

JUAN BERNIER
«ABC», abril 1973

«Córdoba
callada».
92×73 cm.,
1961





Rafael Botí, con Tomás Borrás, el día de la inauguración de su exposición en la Galería Giotto de Madrid, 1974

Rafael Botí, toma paleta y pincel y se sitúa ante la naturaleza. Pinta poco Botí, pinta despaciosa, deleitadamente.

Los lienzos de este perpetuo muchacho, al que las canas empiezan a refrescar la edad cancada, son puros, delicados, limpios, sencillos. Sencillez de la sabiduría, que desecha el procedimiento amanerado o petulante. Pintura de alma a alma. Una lírica floreal, una dulzura de las cosas, humildes, un fraangelismo saturado de vigor moderno y sin embargo halado por suprema luz evangélica.

Rafael Botí, pinta sin «Ismos» comprometedores, como le dicta su espontánea inspiración feliz de expresarse. La materia en sus cuadros, se ennoblece, el mundo vegetal toma calidades de poesía hervorosa e inagotable de formas. Allí están los cuadros en hilera, diciendo la maestría y la potente ánima de un creador. Y dicen, al tiempo, la protesta de tantos, como Rafael Botí, por los rincones de España, en lucha contra la sordera social, tan ávara para los amanecidos al Arte, tan pródiga en dones con el mantecato.

TOMAS BORRAS
«Pueblo», septiembre 1947

Si se traslada de la pintura a la prosa la obra de Rafael Botí, podríamos equipararla a la del sutilmente inmóvil Azorín. Rafael Botí pinta las cosas. Unas veces con primor artesano, otras como partes de una visión en abandono, otras en grupo, o en extensión, digamos paisaje. Pero las cosas, no las personas son el objeto de su íntima dedicación. De ello se deduce que Rafael Botí es el pintor de lo sencillo. Nada más complicado que la sencillez, porque la sencillez es el núcleo del que derivamos los supuestos que forman el cimiento de nuestra filosofía de la vida. En la cual hay un capítulo que trata de la filosofía de las cosas. Rafael Botí nos las presenta delante, con un ademán religioso. «Ahí está lo que nos acompaña, amistoso, en el existir.»

Por eso su técnica—ya saltó la apestosa palabra—es somera, pero delicada. No hay en estos cuadros sino los simples elementos que componen una forma consabida. Sin embargo, ¿por qué son tan seductores? El secreto es que a las cosas pintadas por Rafael Botí las envuelve un halo de poesía.

Todo lo puro, lo suavemente adicto, lo que crea nuestra mano en acto de amor, lo que usamos y nos beneficia, la poquedad más poca y corta de nuestro pequeño universo de alrededor, el repertorio de la cosidad teñida de humanidad, es poético en sí, por muchos perifollos industriales que lo desfiguren... Pues el hecho de que estemos a solas aquí abajo, con ellas, con las cosas, y sean las cosas nuestras criaturas y nuestra ayudantía, las eleva de su mineralización, y nos habla con su silencio. Rafael Botí, ha escuchado ese silencio y por ello sus cuadros infunden sentimiento. Es, pues, un pintor sentimental, es un pintor en cierta manera romántico. ¿Y no es romántico Azorín? Ser romántico es exaltar un aspecto de la vida, elevándolo a categoría supina.

Con Rafael Botí no pueden las brujas. Ni la bruja de los ismos ni la bruja de lo denominado «moderno», cuando no hay otro piropero a mano

para calificar. Botí es él y las cosas, es su alma intocada y sus cosas en éxtasis niño, es el revelador de un costado del ser, y el que hace deliciosos los elementos de esa cuarta parte de la vida. ¿Puede hablarse de una Pintura en verso, contraponiéndola a otra Pintura en prosa? Siempre sería la metáfora revelación de que en lo intacto y almado hay un eco musical que el corazón percibe. Musicalmente, la Pintura de Rafael Botí es cantata. Sin triunfo, pero con salmo; es decir, con una chispa de lo divinal sazonando lo terreno.

No pasará nunca la Pintura de Rafael Botí, porque no tiene moda. Tiene estilo, eso sí. Y revela una poderosa fuerza semejante a la del franciscanismo, el gesto del hombre-ángel de Asís. Hermano árbol, hermano vaso, hermana manzana, hermanísimas cosas al alcance de nuestro deseo y de nuestro servicio, que os sacrificáis sin queja, símbolo de vidrio, de madera, de piedra, de hierba, de olor, de sol. Contemplaciones y espejos de nuestra falta de condiciones para hacérnoslo todo nosotros, que las sumisas cosas suplen. Cosas que decimos menores, a veces decisivas, que están aparte y en nosotros como esposas con lámparas prudentes, que hacen nuestro vivir más fácil y amable, y sin las cuales moriríamos, como el pobre animal, el de potencia permanente pero limitada, otro habitante del planeta sin espíritu creador y sin revelar y vaciar en otra forma que la suya la idea: sin cosas. En fin, que con las cosas somos, y sin las cosas no seríamos.

Colores suaves, combinaciones de luz de soles blandos, el azul fundamental para el sentido de lo tierno, el blanco eremita, el blanco de la cal de la calavera, el blanco donde el amarillo de la ardencia del astro rebota y emblanquece y candidece la faz del ámbito, líneas delicadas como melodías del dibujo, ¡oh, Rafael Botí!, ¿adónde nos llevas mediante la mirada, a qué mundo, al mundo como debería ser?

TOMAS BORRAS

(De la presentación del Catálogo de Galería Giotto de Madrid, 1974)

EL PINTOR RAFAEL BOTI

«Cada cuadro encierra misteriosamente una vida, una vida con su sufrimiento, sus dudas, sus horas de entusiasmo y de luz.»

KANDINSKY.

En 1929 Rafael Boti desde Córdoba pasa por París, donde las obras de Cezanne ya cuelgan en los museos. Ve las exposiciones de Picasso, Braque y Matisse y se siente ganado por el cubismo, que era un modo nuevo de representar el mundo.

Luego otra vez España, destemplada, fría, indiferente, donde la nueva estética habría de luchar contra la mediocridad establecida.

Es la vigilia del «Arte Nuevo», Rafael Boti profesa el ascetismo y enclaustrado en la soledad de su trabajo va haciéndose cada vez más lúcido y más intenso.

Las diversas formas analíticas del objeto logradas en la primera fase del cubismo, son depuradas para ingresar en el cuadro, no con la forma que las caracteriza, sino con firme voluntad de encontrar su expresión.

Y así cuando el análisis de ayer se ha convertido en síntesis, termina por abandonar el problema para incorporar las experiencias.

Si el cubismo ha desaparecido de su obra, en cambio su estética constructiva se ha incorporado a su pintura dándole una nueva posibilidad: El Expresionismo.

En la baraúnda general del remolino histórico, un hombre que nunca ha sentido la necesidad de deslumbrar, apartado de las recompensas oficiales y con una fe inquebrantable en la pintura, se columpia sonámbulo sobre los días manchados por revoluciones y por guerras, pintando sin apremios en un mundo lleno de inquietud.

Sensible, embriagado en su silencio, vive secretamente para eso. Pinta más hacia dentro que hacia fuera, con algo hondo de instinto, de raíz profunda o de subconsciencias que aquieta el espíritu del espectador, consiguiendo que la eternidad del mundo se vuelva familiar.

«Pintura apacible que oculta tras el cuadro su problema como el reloj oculta tras la esfera su mecanismo y su articulación del tiempo.»

Su pintura retiene el paso de las horas buscando las grandes líneas curvas de la geometría del tiempo. El color exactamente matizado, la luz difusa que satura el atardecer.

Todo es claridad sin contraste de sombras, desde el lila al azul se adormece el sentido para lograr una exaltación del ensueño y de la melancolía.

Un mutismo sin fondo anuncia lo que ocurre o lo que puede ocurrir de un momento a otro. Un silencio que tamiza los colores da esperanzas de aurora. Una submarinidad de azules exalta las rosas, una juventud de nido surge de los hogares, una pereza de sonidos se estancia en los patios.

«El lago». 38×46 cm., 1973



Un río, un puente, unos árboles, un día, una hora determinada, un pájaro que repite su canción insistente.

Porque siempre canta un pájaro en sus lienzos. Como se oye el rumor del agua o el sonido que produce el paso caliente del verano. No es malicia de pájaro exótico, sino el tenaz deseo de dar el alma en un clima a través de la pintura.

Es el dulce sosiego de tener contacto con la tierra llena de beneplácito. El vivir misteriosamente en clausura con rosales y emparrados, el sorber la luz intacta y los colores recién nacidos; algo muy transparente y puro que logra aclarar el sentido de las cosas.

Su obra es un oasis en medio de la tormenta o del invierno donde azotan implacables los rayos de todas las tendencias.

Toca en su paleta la melodía de gamas de un mundo crédulo y esperanzado, de otra clase de vida, de una entonación distinta. Es música que viene del color en íntima compenetración con la forma. Siempre brilla en su aparente simplicidad su profunda estrella. Cada obra es un poema de luz diluida, de poesía indecible.

Puede así, en la madurez de su obra, y aunque ésta sea la tarea de un solitario, mostrar el germen clásico que ha constituido uno de los principales móviles de la renovación pictórica.

Hablo de un pintor, y lo que digo está lejos de toda crítica de arte, porque esto no me corresponde. Sólo deseo ayudar a su conocimiento de una forma clara.

Es fácil destruir, o ironizar o encontrar afinidades de una manera negativa. Me parece una labor destructiva y por esta razón no quisiera hacerlo.

Las influencias forman al artista. No lo destruyen ni lo deforman. Lo hacen.

En la obra de Botí, como en la de todos los pintores existen estos antecedentes, estas influencias o experiencias—como quiera llamar-seles—que él ha incorporado.

- *Fray Angélico y la pureza. (Toda su obra.)*
- *Zurbarán. Ascetismo. (La cesta de frutas.)*
- *Cezanne y el paisaje. (Toda su obra.)*



José Caballero y su esposa María Fernanda, con Rafael Botí en una exposición de éste. 1972

- *Renoir. Impresionismo. (Paisaje de la sierra de Córdoba.)*
- *Rousseau. Ingenuismo. (Parte de su obra.)*
- *Regoyos y la intimidad. (Patio de la casa de Lope de Vega.)*
- *Paris y la luz tamizada.*
- *Matisse y el paisaje del jardín botánico.*
- *Solana y el Bodegón del gallo.*
- *Vázquez Díaz y la luz fría. (Plata.)*
- *Córdoba y los patios.*
- *Picasso y el paisaje de Horta de Ebro. (Paisaje de Vallecas.)*
- *Madrid y el Otoño.*

JOSE CABALLERO

(De la presentación del catálogo del Círculo de Bellas Artes de Madrid. 1959)

José
Caballero



Rafael Botí, por José Caballero. 1936



Boti con su hijo y Vázquez Díaz
en el jardín del maestro en
María de Molina. 1933

Hay en Rafael Boti un vago y eficazísimo recuerdo de Vázquez Díaz, aunque la composición poscubista del maestro sea sometido aquí a un lirismo colorista que la hace más cotidiana.

A. M. CAMPOY
«ABC», marzo 1972



Enrique Llovet, Vázquez Díaz, Rafael Boti y Manuel Gallego en el estudio
de José Caballero. 1945



Francisco Zueras y Rafael Castejón con Rafael Boti en la inauguración de su exposición en la Galería Studio. 1973

Quando, a través de medio siglo he venido recibiendo noticias de Rafael Boti, casi siempre catálogos de su obra pictórica, sentía como un espolazo del pasado esencial de Córdoba, revivido por él en su más absoluto fundamento. La sentencia de «lejana y sola» está plasmada por este pintor «silencioso y recoleto» que ahora vuelve al nido con su cargamento espiritual intacto. Bienvenido sea al hogar patricio este hijo pródigo de la luz y del paisaje.

RAFAEL CASTEJON

De la presentación del catálogo de la Galería Studio de Córdoba, abril 1973

Ha pocas semanas dábamos a conocer en estas columnas al público de Córdoba a este joven artista, que apenas iniciado, ya adquiere personalidad.

Nosotros hemos seguido de cerca al pintor de paisajes Boti (con acento jeh!), lo conocemos «personalmente», oímos la brillante conferencia pronunciada por don Antonio Jaén, ante la exposición de sus cuadros, en el Circulo de la Amistad, y cada vez estamos más convencidos de que es «GENTE», de que se ha descubierto a un artista de los que llegan.

RAFAEL CASTIÑEIRA
«Córdoba Libre», 1923



Pedro Bueno y Rafael Botí en la inauguración de su exposición en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. 1959

La Naturaleza en su intimidad; no tanto la figura de las cosas como el aliento con que ellas se animan. Una pintura entrañable, signo de muy hondas cuestiones apenas esbozadas en su gesto exterior. No es su cuerpo el que me importa, sino su alma.

JOSE DE CASTRO ARINES
«Informaciones», abril 1972

Rafael Botí: Sus modos habituales de conducta pictórica: la misma humildad en sus concepciones y gracias cromáticas, la misma limpieza e intimista de sus modos de expresión, la misma sencillez en las motivaciones anedóticas de su inventiva. Un pintor cuya bondad me serena.

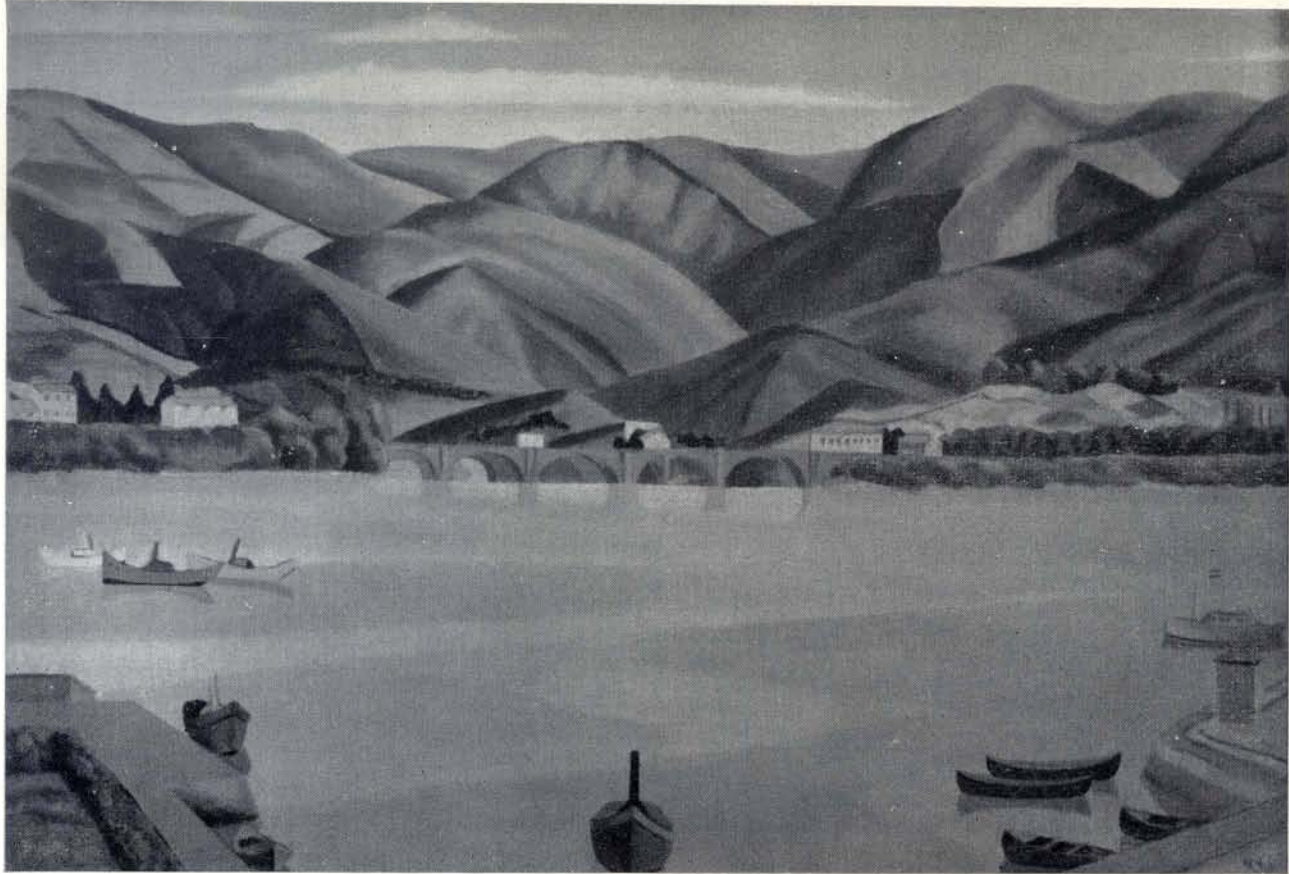
JOSE DE CASTRO ARINES
«Informaciones», noviembre 1974

Independientemente de la dotación pictórica de Rafael Botí y de su singular sensibilidad, cuenta con abundantes recursos técnicos expresivos. Concede importancia a los empastes fuertes y a las superficies granujentas, pero su empleo tiene medida y tiento. Desgarra la materia espesa en las obras religiosas y decorativas, la adelgaza en interiores y floreros, para ir llegando a la lisura conforme se va acercando al mar levantino. Es entonces cuando planifica y estructura sus composiciones con la gracia sin mácula de un primitivo.

ANTONIO COBOS
«YA», abril 1972



«El árbol blanco». 41×33 cm., 1925



«El Bidasoa». 81×116 cm., 1926



«La jarra amarilla». 41×33 cm., 1978

En su reciente exposición en el Círculo de Bellas Artes, Botí vendió una gran parte de la obra expuesta ya que sus cuadros admiran por lo armonioso de su colorido, la delicadeza de sus líneas y el sentido poético de sus formas.

En efecto, los cuadros de Botí podrán tener un algo del espíritu de aquellos pintores (Russeau, de Van Gogh, de Matisse, de Cezanne, y de otros artistas franceses) y de otros más a los que Pepe Caballero se refería en la presentación del programa en la exposición de aquél, pero... está el sello poético, musical diríamos, de la sensibilidad de Rafael Botí.

J. CORRAL

«Ideal de Granada», diciembre 1959

“Las ingenuas y sabias pinturas de Rafael Botí”

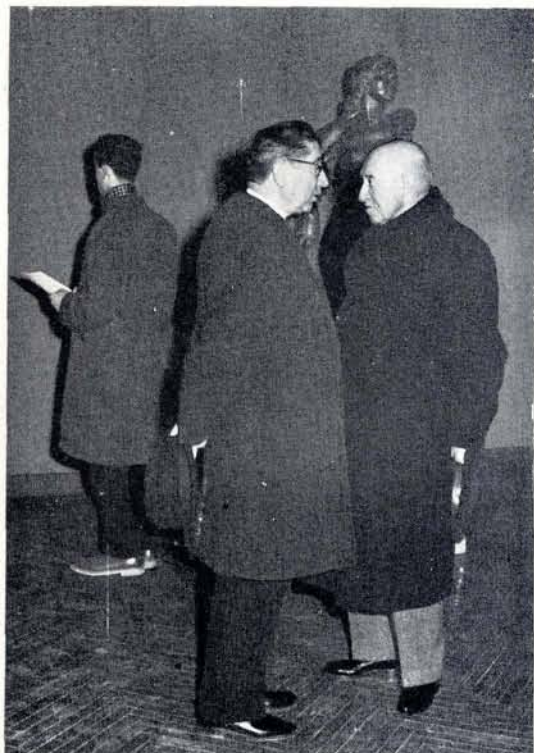
Si empezase a escribir una nota sobre un pintor que no fuese Rafael Botí diciendo que es mi amigo, me haría sospechoso de parcialidad. Yo no soy amigo de este pintor por haber hablado con él demasiadas veces, ni por ninguna de las circunstancias que provocan normalmente el acercamiento amistoso. Lo soy porque Botí, en cuanto pintor serio y responsable, es un entrañable y silencioso amigo del arte y de cuanto con él se relaciona.

Rafael Botí no bulle en el mundo artístico, a pesar de poseer títulos suficientes para hacerlo con más legitimidad que muchos franco-tiradores. Este humilde y contenido artista se queda, en contrapartida con la auténtica parte del león: vive constantemente la intimidad —¡y la tranquilidad!— de la pintura. Para Botí debe ser ésta una visita emocionante, aunque cotidiana, que se sienta junto a la mesa camilla de su estudio, procurando para su figura un contraluz que, sin alejarla, la haga un poco misteriosa y respetable; una especie de musa respetable y comedida.

Esto se ve bien en sus cuadros: en sus paisajes limpios, entre ingenuos y sabios (hay en ellos una ingenuidad que, a fuerza de amor y de costumbre, se ha hecho sabia y consciente); en sus interiores y jardines, armónica y parsimoniosamente contruidos y, sobre todo, en el color que envuelve y define a unos y otros.

Botí sabe bien que su actitud recatada y perseverante no le va a situar entre los descubridores ni al lado de los simples audaces, pero él se conforma —y nosotros, cuando vemos sus cuadros— con saberse amigo íntimo de la pintura y buen amigo de cuantos le amamos sin segunda intención.

ANGEL CRESPO
«Artes», diciembre 1962



Botí, con el Marqués de Moret. 1950



«El patio de Carmina». 65×54 cm., 1975

Un joven pintor, que descolló bien pronto, por su modo personalísimo de ver los modelos y por su técnica, alejada de todo amaneramiento. Aquel joven pintor era Rafael Botí. Entre la pléyade de luchadores juveniles el nombre de Rafael Botí, significaba —y significa hoy— una voluntad macho puesta al servicio del arte y un arte macho también, y como macho noble, incapaz de doblegarse en servidumbres artesanas.

Afianzada la personalidad de Botí, estilizada, perfilada por el estudio y por ese regodeo espiritual en el que se sumerge y flota, a capricho, todo buen artista, hoy se nos muestra en el Salón de Arte Moderno con otra colección de cuadros: Paisajes de Córdoba, de Vizcaya, de Guipúzcoa, de Castilla, de París... Paisajes llenos de luz, palpitantes de vida. Impresiones de una paleta delicada y valiente a la vez, que sabe ver, sentir y recoger con difícil facilidad lo que hay de belleza en las linfas dormidas de una fuente, en un trozo de tierra bruta o en la dureza plomiza del asfalto urbano...

Rafael Botí, poeta de avanzada de la pintura, ha conseguido con esta nueva Exposición, otro triunfo. Alegrémonos de ello sus admiradores.

CRIADO Y ROMERO

«Heraldo de Madrid», 1935

Rafael Botí se nos muestra en sus cuadros como un verdadero enamorado de la naturaleza. Ha llevado a sus lienzos paisajes de encantadora espiritualidad, cuya belleza hubiera pasado desapercibida para los ojos profanos. En la policromía de sus cuadros revela que su retina impresionista ha sabido recoger con extraordinaria precisión las múltiples tonalidades de los jardines y huertas, adormecidos bajo la diáfana claridad del sol del mediodía, para ofrecérselas en un admirable conjunto de luces y colores.

M. DURAN DE VELILLA

«Diario de Córdoba», abril 1923



Botí con Juan Antonio Morales y Martín Blázquez en el Círculo de Bellas Artes, con motivo de la exposición que celebró en el año 1959

Rafael Botí es un hombre sencillo. De temperamento introverso; es intimista, vive en silencio y no busca el relumbrón.

Goza con la creación de su pintura delicada, como si lo hiciera en secreto para él mismo, transformando los temas eternos en algo familiar y recoleto.

Durante su estancia en París, influido por Picasso, Braque y Matisse, se inició en el cubismo, que abandonó pronto a su regreso, para permanecer fiel a su línea de pintura de natural y sincero expresionismo, llena de delicadeza, de poesía y de musicalidad.

Un cuadro de Botí, puede ser una poesía sin palabras o una sinfonía sin música.

José Caballero ha dicho: «Siempre canta un pájaro en sus lienzos... Se oye el rumor del agua... Es música que viene del color en última compenetración con la forma. siempre bri-

lla en su aparente simplicidad su profunda estrellita».

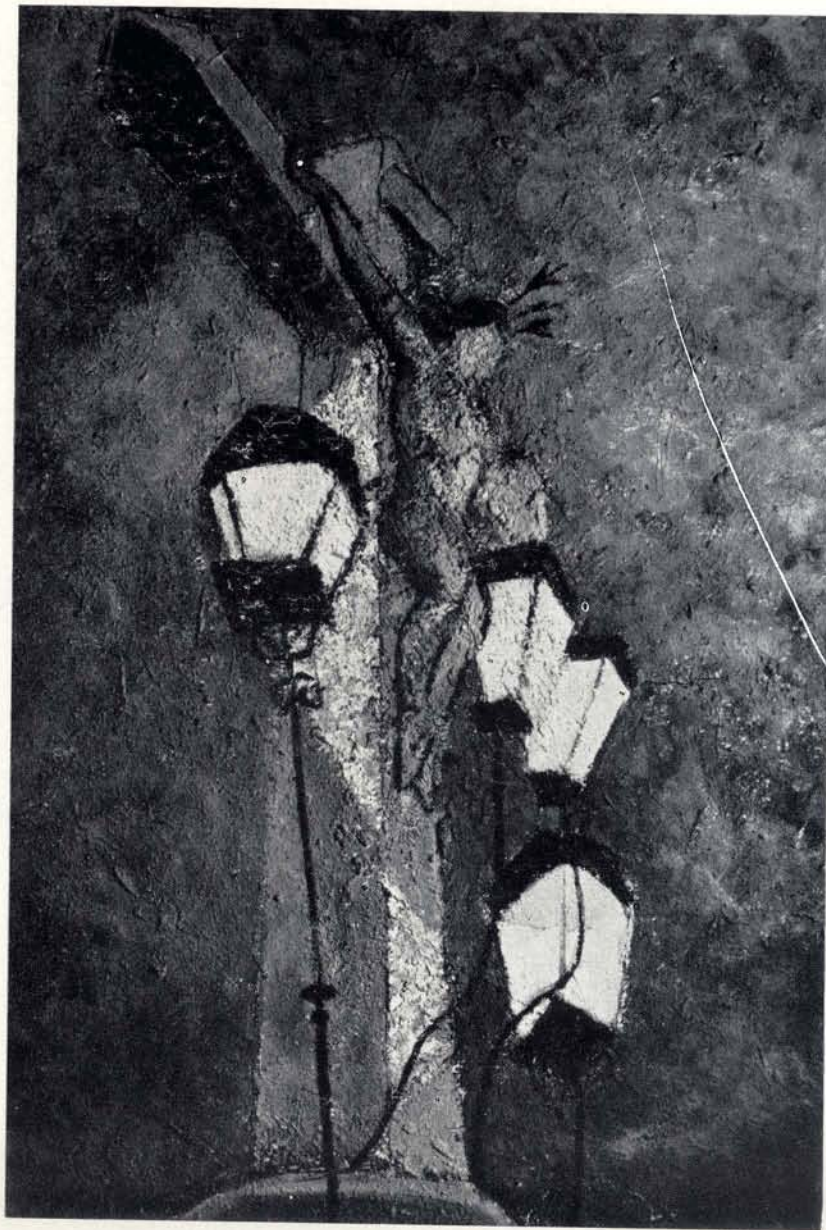
Para enjuiciar su pintura, nada más claro que las frases de Vázquez Díaz: «La sensibilidad de Botí, gusta de colores limpios, en armonías claras y diáfanas, de luces perladas, colores y matices delicados, de resoles febriles fugitivos en las tardes transparentes en que el artista se extasia gozoso de encontrar la superficie cromática de cada día y de cada hora».

Llegamos al final y hemos de decir que Rafael Botí es un hombre que, por sus características humanas, merece una especial devoción.

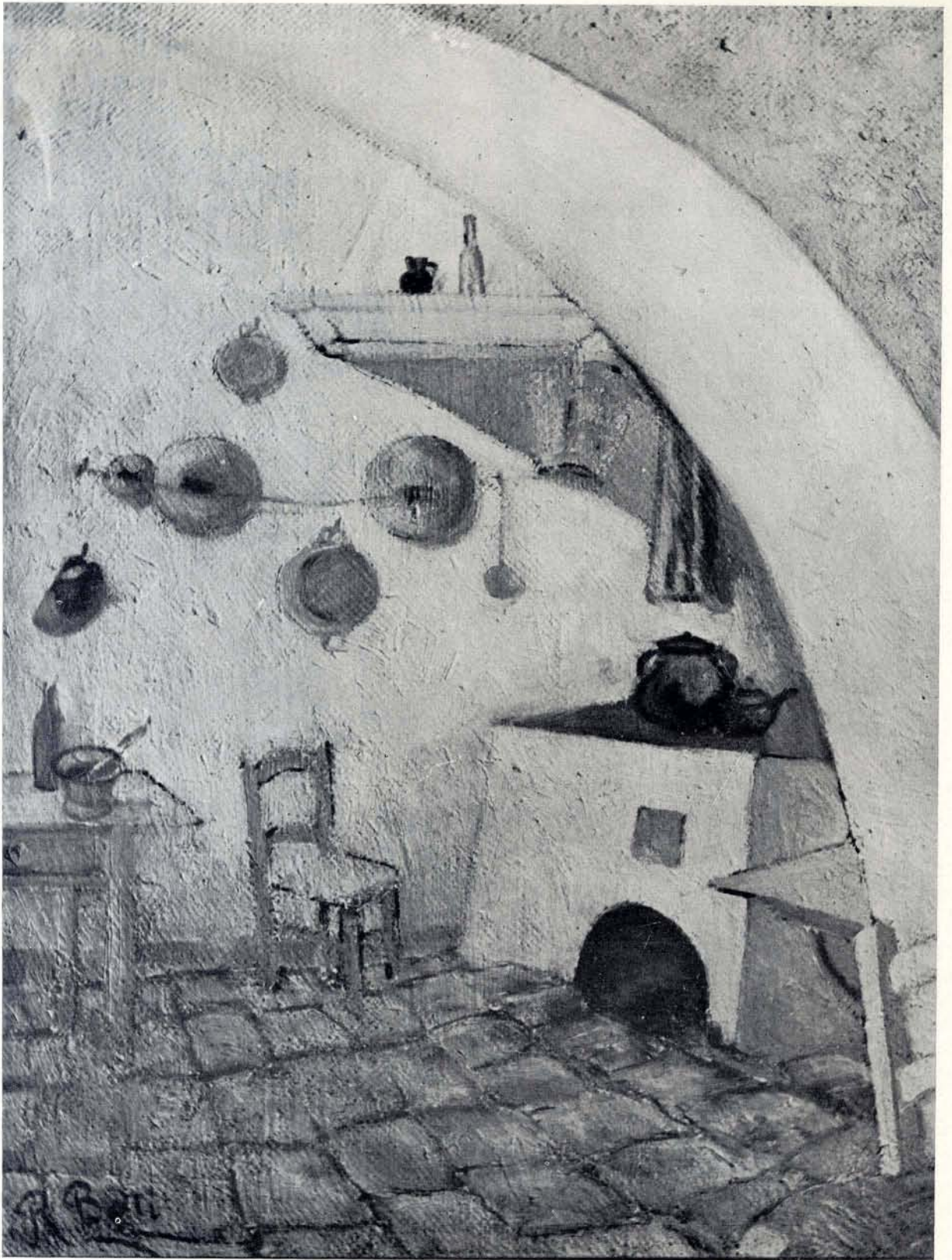
Durante cincuenta años ha elaborado su obra, poniendo en ella toda la nobleza de su corazón y todo el lirismo de su espíritu; por eso, al contemplar sus cuadros, vemos la verdad eterna, al tiempo que oímos una melodía.

Dr. JESUS M. FALERO

«Profesión Médica», Madrid, julio 1975



«Nocturno del Cristo». 56×39 cm., 1970



«Cocina». 44×38 cm., 1923

RAFAEL BOTI: "NOVIO DEL ARCO IRIS"

Sabe, como Antonio Machado, que sólo «se hace camino al andar». Su andadura le lleva por los centros neurálgicos del arte de la vieja Europa. Observa. Medita. Vuelve. Intima y escucha a Daniel Vázquez Díaz, tras haberse iniciado en su Córdoba con Romero de Torres, Agrasot, V. Chicote, M. Latas y Ortí Belmonte. Sus cuadros espigan entre las voces del silencio, jamás enmudecidas, y las del contorno vivido de su tiempo. A veces parecen esculpirse sobre un mutismo inmemorial. Otras, confluir con los mosaicistas de la Roma cesárea. En ocasiones se rectangularizan y ordenan arquitectónicamente, con el relumbre antiguo de la cal viva y los añiles violentos de la ornamentación regional. En ningún caso hay subordinación a tales incitaciones. En todos los casos, quien está presente, quien corre riesgos y avatares de capitania es Botí silenciosamente, por cierto. Si cede, a gusto, los olopeles y enmedallados del mando a los otros. Le basta con su éxtasis y la conciencia se trasparenta tenuamente en sus lienzos.

«En las esquinas, indice;
en la pasión memoria;
con la íntegra hombría como prueba
de su sangre, su edad y su constancia.»

Con una obra extensa y diversa, en la paz de los suyos y el enamoramiento, no tanto de lo que obtiene hoy como de lo que espera obtener mañana, es comunicable, pero ocioso, mencionar cumpleaños y cuantías anuales. Como sugerí antes, uno se hace pintor a los quince años, para alcanzar cuarenta o cincuenta más tarde lo que le impulsó hacia la pintura. En ésta, los ríos no corren hacia el mar, que es el fin. Los ríos buscan y corren hacia sus manadores, que son el eterno principio. Más claro: la juventud, en arte, no se da porque sí: se

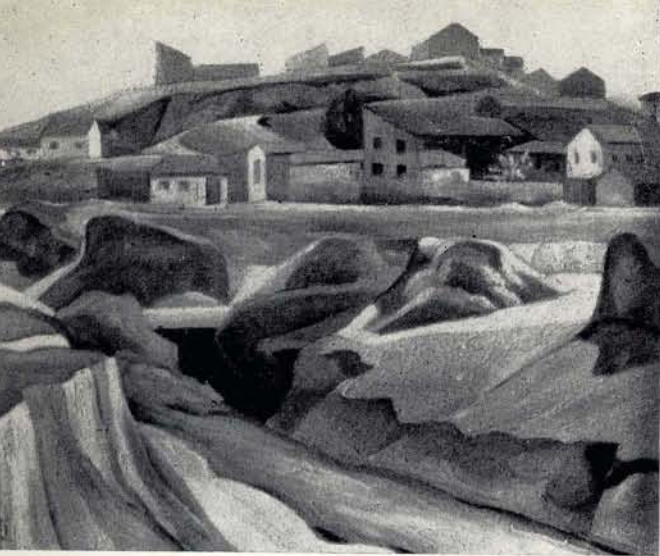
conquista porque sí, porque no y porque por qué. Diego Velázquez —«soy un espejo en busca de otro espejo»— es mucho más mozo en «Las meninas» que en sus bodegones de su primera época.

Rafael Botí, a estas horas, con el estiaje madrileño encima, palomas y hélices navegando un cielo casi casualmente azul, alcanza, por lógica de obra e inhalación jovial de la misma su verdadera adolescencia.

RAMON FARALDO
«YA», agosto 1977



Jaime del Valle-Inclán, Daniel Vázquez Díaz y Rafael Botí en la inauguración de su exposición en el Círculo de Bellas Artes, 1959



«Paisaje de Vallecas». 38×46 cm., 1942

Ahora Botí, en su exposición nos trae esta inevitable maduración en una serie de obras, donde las experiencias parisienses se reflejan vagamente, en un fondo casi subconsciente del artista, pero donde priva una visión estrictamente personal, que confiere una profunda unidad a todo lo reunido.

Dentro de un tenaz figurativismo, que a veces, en los bodegones, sobre todo en «La cesta de frutas», aprovecha la lección de nuestros clásicos. Botí va componiendo una obra de una gran dignidad, donde no se hace alarde de ninguna clase pero que está empapada de la verdad sencilla del artista. Todavía en algunos lienzos, podemos reconocer la huella de algunos maestros admirados, pero en todos ellos la mano de Botí ha sabido disponer un aire especial, una pasión por la luz y por el color que impone su impronta a todo lo tratado.

Parece que Botí inquiera siempre lo esencial en los temas escogidos. Por ello su Exposición es más de agradecer, ya que nos ha puesto sencillamente frente a alguien que con humildad se ha propuesto una serie de problemas pictóricos, que ha sabido resolver eficazmente.

J. FERRAN
«ABC», diciembre 1959

Playas, rincones rurales, algún interior, flores y bodegones de frutas son retratos que el pintor reseña en sus óleos. En el lenguaje habitual de la información se diría que lo pintado por Botí son paisajes y composiciones, pero algo nos hace detenernos ante esa definición que podría escamotear el distingo entre paisaje y retrato de la naturaleza.

Rafael Botí estudia en sus cuadros la psicología de unas playas que sufren sin alivio de sombras protectoras la fuerza del sol continuamente: nos referimos a las playas alicantinas de La Mata, cuyo único adorno vegetal son las pitas. La fisonomía de esa parte del litoral mediterráneo, con la enorme soledad de sus llanuras, se encuentra plasmada en la obra de este artista cordobés, en tonos reposados del azul, gris y blancos: retratada en ese momento de descanso cuando el sol abandona su constante irradiar. La factura de estos cuadros es compacto de materia y perfectamente alisada en su superficie.

Cambia el estilo de su pintura en otros cuadros. «El Cristo de los faroles» y bodegón de frutas y algún puerto norteño y la cocina rural. Botí permite entonces que la materia vibre con toda su capacidad expresionista, grumosa y de más fuerte coloración. Aquí la pintura obtiene su presencia más categórica y marca su propia psicología. Dos vertientes distintas en el mismo artista; ambas se complementan en ese sentido apuntando líneas arriba de la manera de «ver» el pintor lo que tiene ante sí.

Obra de singular sensibilidad la de Rafael Botí. De él habla la opinión del maestro Vázquez Díaz, reproducido en el catálogo: «La mejor definición que mejor puede hacerse de la pintura de Botí en sus paisajes: hay que guardar silencio para escuchar su música.»

ELENA FLOREZ
«El Alcázar», abril 1972

Es una alegría descubrir otra vez a Rafael Botí. Este joven pintor ofrece en sus cuadros, tan parcos de dimensiones y tan henchidos de espiritualidad, refugios amables y dielectos.

JOSE FRANCES
«La Esfera», marzo 1927

Rafael Botí: "un pintor poeta"

Rafael Botí, pintor desde antes de nacer, no es de los que se prodigan presentando en público sus obras.

El arte de Botí —pintura sencilla, recoleta, suave, cuidada— se nos ofrece dentro de los encuadres: Regoyos y Vázquez Díaz.

Tiene del primero la ternura, la ingenuidad, la gracia. Esa manera de aplicar a pincelada, medida y recatada, vaporosa, que posee el pintor vasco. De Vázquez Díaz ha aprendido Botí ha estilizar, a dar reposo y fijeza a los objetos, a respetar, en suma, la ley de gravedad, y también a decorar llevando las líneas con elegante movimiento.

Las enseñanzas o influencias de estos dos pintores le sirven a Botí para realizar una pintura sutilísima. De muy fino color. Se deleita el artista en el juego de las gamas violetas. Allí están los malvas que tanto glosara Juan Ramón Jiménez, y los morados intensos, y los azules violáceos o rosados. Otro acorde muy del agrado de Botí es el de los verdes. Verdes-azules, o verdes-grises, o verdes-lilas. Nunca agrios o fuertes. Siempre suaves y tiernos como el despuntar la primavera.

La pintura de Botí es una pintura esencialmente musical y no decimos esto porque conozcamos los altos conocimientos que en el arte de Debussy y Sarasate posea el artista, sino porque la limpieza del colorido, la grata combinación de los tonos y la gracia de la composición, es toda su obra como un concierto de flautas y xilofones.

Rafael Botí es un buen pintor. Un pintor-poeta que se emociona ante el espectáculo que continuamente le ofrece la naturaleza, llámese paisaje, fronda, jardín, interior o marina.

Y si antes dijimos que sus lienzos saben a acorde, a bemoles, y a contrapunto, ahora añadimos que también tienen perfume de sonetos, de letrillas y de poemas. En resumen: Rafael Botí es un pintor de muy aguda sensibilidad. Dibuja con gracia y pinta con mucho arte. Y el resultado es una obra serena, clara, apacible.

FEDERICO GALINDO
«Dígame», diciembre 1959



Federico Galindo y Rafael Botí, en su exposición de Toison. 1962

"La pintura silenciosa y recoleta de Botí"

Los cuadros de Rafael Botí están pintados con unción, casi con misticismo. Se diría que el pintor, cuando toma los pinceles, prohíbe que se produzca ningún ruido. «¡Silencio. que voy a pintar!»

Esta sensación de reposo, de quietud, de serenidad, está presente en todas las obras de Botí. Obras que, además, de este intimismo, de esta serenidad, van animadas, como siempre, de una intención decorativa. La línea, los contornos, tienen en Botí un anhelo gracioso. Se desenvuelven con un ritmo ornamental en amplias ondulaciones. El color es delicado. Nuestro artista muestra predilección por las tonalidades argentadas —violetas, azules, verdes, grises, blancos—, y con ellas trenza melodías melancólicas. Como Regoyos —Vázquez Díaz lo ha dicho—, Botí se enfrenta con la Naturaleza apasionadamente, trémulamente, pero siempre en silencio, como si pintase de puntillas, para evitar el menor temblor en los árboles o en los pájaros. Toda la obra de Rafael Botí, es poética y dulce. Es como una balada azul. O como una mañana rosa y malva, que diría Juan Ramón Jiménez. Pinta transparente y diáfana, palpitante y tímida, sabia y sencilla.

FEDERICO GALINDO
«Dígame», Madrid, noviembre 1962

“Los delicados paisajes de Rafael Botí”

Sobre esta virtud de la simpatía, la pintura de Rafael Botí tiene el encanto de la técnica. La técnica moderna ha resucitado a los primitivos. Ha hecho que los primitivos nos gusten otra vez. Después del paisaje naturalista hemos vuelto sin ningún esfuerzo al paisaje ingenuo y fantástico del siglo XIV. Las nuevas teorías se acomodan muy bien a este concepto...

Y para un pintor como Botí, de temperamento místico también, la tendencia primitivista ofrecía singular atracción. Su manera constructiva, propensa a las estilizaciones, cenceña, angulosa y sobria, está de acuerdo con la técnica rudimentaria de los pintores primitivos. Esta técnica entonces ignorante, sabia hoy, tiende a dar a la defectuosa representación plástica de los objetos una gran virtualidad evocadora. Así ocurre con los dibujos infantiles. Así sucede también, con estos delicados paisajes de Botí, cuya belleza seduce más por la gracia sugerente que por la fuerza descriptiva.

GIL FILLOL
«Ahora», junio 1935

“Noticia de Rafael Botí”

«Siempre canta un pájaro en sus cuadros.»

José Caballero

Fue un crítico de arte quien expresó certeramente, con una sola frase, todo el secreto de la vida y de la obra de este singular pintor. Dijo: «La pintura silenciosa y recoleta de Botí». Y ya no fue preciso recurrir a especulaciones mentales ni a procedimientos analíticos para definir la personalidad plástica y humana de Rafael Botí.

Esta frase definitoria ha sido como un espejo colocado a lo largo de su vida y de su obra. Porque silenciosa y recoleta es, ciertamente, su pintura y de la misma manera se ha complacido en vivir, aún cuando tiene a favor, repetidas veces, el viento del éxito.

Cordobés hasta la médula de sus huesos, ha permanecido Rafael Botí en Madrid la mayor parte de su existencia, entregado a la lucha

cotidiana de subsistir. Muy duro ha sido, en ocasiones, el combate; pero en los momentos de tregua, Rafael Botí utilizaba los pinceles para evocar rincones silenciosos de su ciudad de Córdoba donde espejea la cal. Así, Merced a este ejercicio, lograba fortalecer su espíritu para continuar el camino que alguna vez —pensaba— habría de llevarle venturosamente bajo el cielo limpio de su ciudad.

Ahora, en la edad jubilar, ha encontrado Rafael Botí el «mar de la serenidad». Córdoba está más próxima a sus posibilidades. Casi de puntillas, con emocionado temblor, ha regresado una y otra vez para respirar el aroma que viene de la sierra y pasear por la noche por sus calles silenciosas. Ahora vuelve; pero con sus cuadros, lo cual ha de considerarse doblemente significativo. Es una vida dedicada al homenaje de su tierra cordobesa y, al mismo tiempo, un cordobés que retorna triunfador, con el aval de la crítica nacional en su «dossier». Desde Francisco Alcántara y Tomás Borrás, han elogiado la pintura de Botí todos los críticos sucesivos: Cecilio Barberán, Arbós Ballesté, Ramón Faraldo, Castro Arines, J. R. Alfaro.

De todos ellos hemos espigado nosotros los vocablos definitorios de la pintura de Rafael Botí, con todos los cuales podría reconstruirse su estética personal: «sosegado», «intimista», «recolecto», «humilde», «suavidad», «discreción», «pudor», «delicadeza», «unción», «misticismo», «reposo», «silencioso»...

En cuanto a parangón con pintores anteriores, coinciden los críticos en citar resonancias plásticas que vienen de Fray Angélico, Zurbarán, Regoyos y del aduanero Rousseau. No cabe elogio mayor.

Amigo entrañable y discípulo de Vázquez Díaz, no ha dejado de honrarle. Este, por su parte, escribió de Rafael Botí que su sensibilidad le lleva a «gustar de colores limpios, en armonías claras y diáfanas de luces perladas, colores y matices delicados, de resoles febriles y fugitivos en las tardes transparentes en que el artista se extasia gozoso de encontrar la superficie cromática de cada día y de cada hora».

Ha llegado el momento de que Córdoba reciba a Rafael Botí como pintor que le pertenece y también como cordobés que ha enaltecido su tierra no sólo con dignidad, sino con amor y sensible inteligencia.

MARINO GOMEZ SANTOS
Del catálogo de la exposición en Galería Studio. 1973



Rafael Boti. 1945

“LOS INDEPENDIENTES”

Después de cuarenta y ocho años, casi todos los entonces jóvenes pintores que expusieron en el Salón de exposiciones del «Heraldo de Madrid», agrupados bajo el título de ARTISTAS INDEPENDIENTES, vuelven a estar representados hoy en esta exposición conmemorativa. Fueron veinte artistas los que participaron en las dos primeras exposiciones, por orden alfabético: Arronte, Botí, Climent, Cobo Barquera, De Torre, Díaz Caneja, Insúa, Isaías Díaz, López-Obrero, Francisco Mateos, Navarro Román, Ontañón, Pelegrín, Ponce de León, etc. Pasó por ellos, por sus vidas y por sus obras, cerca de medio siglo. Pasó una guerra, una paz, un exilio, un regreso. Destacamos al pintor Rafael Botí, del que se expone un retrato ejecutado por Pelegrín. Botí, cordobés, nacido en 1900, compañero de Julio Romero de Torres, estudiante de San Fernando en Madrid, y en las academias libres de París. Discípulo en el taller de Daniel Vázquez Díaz, del que supera, si cabe, la cromática y la magistral sencillez, no pasará nunca su pintura, porque no tiene moda, tiene estilo y ha ingresado ya entre los maestros. Hoy (como ayer) los Independientes tienen su lugar preferencial en el arte.

CONCHITA DE KINDELAN
«Pueblo», febrero 1977

Si los paisajes son estados de alma —según la ya tópica, pero bella expresión—, en aquéllos el alma se diluye en la luz mediterránea, briosa y alegre, a través de lo florido y de su eterna primavera.

Pero también descansan nuestros ojos, un poco fatigados de color, en la plata oxidada de los paisajes vascos.

Y cosa extraña: generalmente los artistas mediterráneos, habituados a entornar los ojos para gozar de sus paisajes radiantes, cuando llegan a nuestra tierra brumosa su pincel no vibra sino con la añoranza de los colores amarillos, verdes, negros y rojos intensos.

No obstante, Botí, el caballero Boti, es un artista lleno de juventud profesional, y a través de su temperamento tierno y fuerte ha sabido captar la luz tamizada en gris de nuestros paisajes, y a nosotros, si hemos de ser sinceros, nos ha gustado más, por ejemplo, en «El canal de Fuenterrabía» que en «Jardines de Córdoba».

Esto significa sencillamente que su adopción es un regalo del alma a sus fieles intérpretes, que no están amanerados a fuerza de ser mercantiles y que la receta no es para él más que un estorbo y dejando vía libre a su emoción husca los días de sol, un poco brumosos en general, pero que cuando se ostenta en todo su esplendor aparece más fuerte que en Andalucía por el contraste de los verdes, que aquí son más amarillos, más azules, menos secos y negros que en los países del sol inexorable.

Esta percepción, trastocada en emoción, nos obliga a amar más los campos vascos del verde jocundo, precisamente esos días de sol, que cuando nos acaricia es más húmedo y alegre que en otras montañas.

ADOLFO LARRAÑAGA
«Sur», abril 1933

RAFAEL BOTI, un pintor joven de 75 años de edad.

Sus cuadros son sinfonía sin música o poesía sin palabras.

Rafael Botí, pintor de buen oficio, pone de manifiesto una técnica depurada y un espíritu sutil en el manejo de los colores y la composición de cada uno de los temas presentados. En conjunto presentó Botí 33 obras, todas ellas reveladores de un estilo personal de proyección cromática y colocación de lo que es objetivo en el contorno de cada cuadro. Con una idea limpia de conceptos extraños, Rafael Botí se nos da a conocer como artista de claridad: sencillo, humilde, equilibrado en el mirar, hacer y recrear. Tiene pulso en el pincel y de ello nace una pintura reposada, bella, suave, de dulce vibración en los colores cuya delicadeza, dentro de un ritmo ambiental moderno transfiere estados emotivos del espíritu y del corazón en plenu de gracia, esto es, lleno de una buena visión y de pensamientos diáfanos y de traslúcida realidad.

Rafael Botí, ya sabíamos que prestigio había ganado en sus puestas en marcha artísticas en España y fuera de ella, muestra una soberanía en el dominio de la técnica pictórica y destaca su sinceridad de procedimiento, estilo y ejecución, de forma que la verdad de su arte se diluye en el cromatismo de sus temas y en los temas mismos.

Se nota en su pintura un caudal poético, un ver y sentir el mundo exterior con espíritu azul claro, ténue veladura a través de la cual el pintor capta los motivos de sus cuadros. Yo no quiero comparar a Botí con nadie. El tiene su secreto, su magia propia y su verdad tónica y técnica: Lo ha manifestado así: «La pintura tiene que ser pintura». Y lo afirma: «la mía es sentida, humilde, sin complicaciones. Además no soy un genio». Ha dicho bien. El encreimiento, el barroquismo del autobombo, no le va a este excelente artista que hoy es noticia en nuestra ciudad, por su presencia personal y la de su obra, pintura de permanente perspectiva.

JUAN LATINO
«Córdoba», abril 1975

Julio Romero de Torres, llegó a ser su maestro, quien lo tuvo como su alumno predilecto.

Rafael Botí, ya en Madrid, a los diecisiete años, tuvo como profesores y amigos a Daniel Vázquez Díaz y a Arteta. Se preci6 de la amistad de Solana. La pintura le embruj6; se enamor6 de las formas y el color le exat6. Botí ama la naturaleza y las cosas sencillas. Se templ6 en la vida artística en Madrid y ha vibrado por las preocupaciones de su tiempo. Así sigue. Pero sigue amando la pintura a su estilo, a su modo de ver y sentir.

Rafael Botí es un pintor joven de más de setenta años. Es consciente de lo que pinta y habla. Es un maestro de la pintura naturalista y realista, deslumbrado por el color, que lo ve hasta en lo más oscuro. Decenas de exposiciones son patentes de su actividad. Varios galardones afirman su competencia. Y su visión universalista e hispánica tiene el recuerdo de sus viajes por Europa y América. Y su criterio tiene aires de libertad, así como el mensaje que lanzaría al mundo había de basarse en «belleza, paz y silencio».

Nosotros reconocimos en las obras que Botí expuso hace un par de años en Galería Studio 52, el don de su pintura e hicimos nuestra la opinión que del artista cordobés hizo Vázquez Díaz: «La sensibilidad de Botí, gusta de colores limpios, en arminias claras y diáfanos, de luces perladas, colores y matices delicados, de resoles febriles fugitivos en las tardes transparentes en que el artista se extasia gozoso de encontrar la superficie cromática de cada día y de cada hora».

Y en esa limpia línea de color, poesía y belleza, continúa Rafael Botí siempre activo, en su estudio madrileño.

JUAN LATINO
«Córdoba», Córdoba, julio 1975

La obra de Rafael Botí, en su configuración figurativa se muestra como una ventana abierta a la realidad exterior, a la captación y sugestión de la naturaleza de las cosas. Su obra está tocada, traspasada de un encanto ingenuo, de una mirada inquieta, observadora y transparente hacia la vida. Sus cuadros están impregnados por un gusto del color vivo, luminoso y en todos ellos se deja traducir una especie de apología por lo sosegado, lo tranquilo. La dicción de Rafael Botí es suavidad, paciència, querencia hacia las cosas simples y sencillas. Hay en su pintura una sensación de intimismo y de ternura, que fluye y ambienta todas sus composiciones.

JOSE LUIS DE LLANES
«Nuevo Diario», diciembre 1974

Es esta una pintura de ayer, de hoy, de siempre.

Las obras de Botí no tienen edad porque no están adscritas a ninguna escuela ni a ningún movimiento. El artista se limita a traer hasta nosotros lo que ve, su íntimo universo de paisajes, objetos y rincones. Poesía hecha color en

«Bodegón del caldero». 46×38 cm., 1943



vez de versos, luces limpias, colores suaves, en los que la vista descansa tranquila, eso es en resumen la pintura de Rafael Botí. Una pintura sin mensajes, pero con paz; sin personajes, pero con objetos o lugares que nos sugieren la mano o la mirada del hombre; con sencillez, pero con humanidad.

G-MAROTO
«Gaceta del Arte», diciembre 1974

Conjunto interesantísimo el que expone este joven pintor en el salón de la casa Nancy, sugiere, ante todo, el comentario elogioso a un esfuerzo constante, ahincado, incansable y siempre dispuesto, con tanto rigor como disciplina, al hallazgo y robustecimiento de la propia personalidad.

Sinceramente, se nos descubre así el pintor. Ahí están, tales como quedaron después de fijas en el lienzo y de rectificadas o acentuadas en los actos, sus vacilaciones, sus luchas, sus torturas... Y en el conjunto está vigilante, acuciada, despierta, viva, una sensibilidad que, en este instante preciso, amplía, con infinta apetencia, el ámbito de su horizonte.

La apetencia de Rafael Botí a que acabo de referirme tiene, para sus andaduras, viático de inteligencia. Además de pintar, el artista aspira en este caso a dominar el «porqué» y el «cómo» de su propia pintura. No extraña a nadie, por tanto, verle de pronto parado en mitad del camino, auscultando el mundo que resuena en su corazón.

Rafael Botí será, sin duda, un gran pintor. Y se dará el caso que pueda ser ejemplar. Porque en Botí, tanto como el temperamento y la técnica, tienen valor de arte la conciencia y la voluntad.

RAFAEL MARQUINA
«Heraldo de Madrid», abril 1927



José Luis Fernández Castillejo, Manuel Medina y Rafael Botí en su exposición de la Galería Studio de Córdoba. 1973

“Vida y claridad de Rafael Botí”

Botí es un hombre de corazón abierto, de enorme capacidad cordial, que no olvida su cuna ni sus pasos iniciales sobre el suelo y sobre el lienzo.

B brincaba ya en Madrid la juventud de Botí en los alfaldos madrileños. Huele a la sazón el humo literario, poético y artístico de la Villa del Oso y el Madroño. Había tomado contacto con los maestros de la pintura, entre ellos Vázquez Díaz. Y en diversas tertulias oyó las voces de Emilio Carrere, Azorín, los Barojas, Manuel Machado, que fue su gran amigo; Valle Inclán, que le hizo comprender cómo era el nervio de la casta celtíbera. Conoció la bohemia cafeteril, a la que miró con buenos ojos pero sin quemarse en las horas del hambre y la angustia, porque él era —y es— uno de esos cordobeses que ven el arte con claro realismo y saben que para vencer hay que luchar y aguantarse.

Vivió Botí en Madrid los climas alentadores donde los poetas, escritores y artistas buscaban la fama y la gloria, y naturalmente la fortuna. Trabajó mucho. Trabajó inteligentemente, con disciplina espiritual y plena dedicación a la pintura desde 1922 hasta la fecha.

Botí pinta, había hallado su camino, su estilo personal de expresar lo que sus ojos veían. París le ofreció la gracia del impresionismo y los nombres iluminados de Renoir, Seurat, Matisse y Cezanne. Viaja, pinta, expone sus obras en toda España. Habla de él la prensa. Los críticos más prestigiosos señalan su pintura como algo fresco, joven, sincero, lleno de verdad y sencillez encantadora.

Admiro su continuidad en el cultivo de su arte, la sutil expresión del paisaje, de los motivos ornamentales o naturales que son refrendo de un espíritu saturado de belleza limpia y fresca. Y finalmente, me digo: «¡Oh, si todos los pintores, los artistas, tuvieran un ver las cosas con tanta claridad, respeto, amor, sinceridad!». Y pongo punto en tecla, recordando una frase de Rafael Duyos: «Es de Córdoba y se llama Rafael».

MANUEL MEDINA GONZALEZ
«Córdoba», abril 1973

La nota dominante que hemos podido observar en los treinta lienzos que hemos visto es, sin duda, la del color. Y también descuella la originalidad en la visión.

Paisajes vizcaínos, guipuzcoanos, andaluces, algunas instantáneas madrileñas, y una postal atrevida—en el sentido pictórico— del París pintoresco, forman el lote de cuadros con que este artista se ha presentado al público bilbaíno.

Tiene algunos lienzos de jardines ejecutados con mucha ternura, que recuerdan algo a la obra «rusiñolesca».

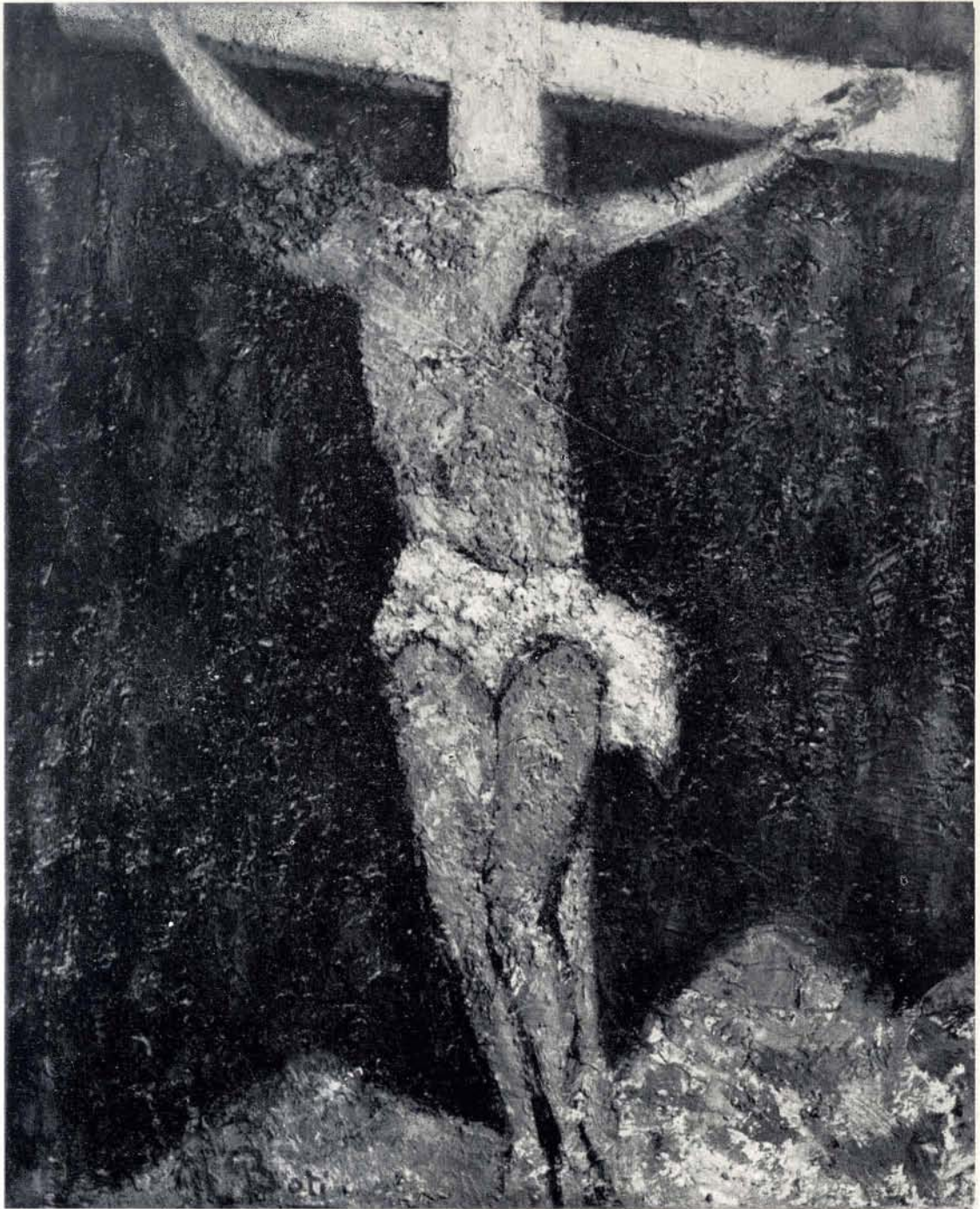
Audaz en la visión colorista, hay cuadros que acreditan a Rafael Botí como un gran creador de lienzos de decoración de altos vuelos.

J. DE MENA
«El Noticiero Bilbaino», 1933

Los artistas que exponen («LOS INDEPENDIENTES»), son Díaz Caneja, Rafael Botí, Cobo Barquera, López Obrero, Arronte, Isaias, Servando del Pilar, Ponce de León y Pablo Celaya.

Rafael Botí, sin abandonar cierta influencia cezanista, ha obtenido acordes sugestivos y una sensación de serenidad solemne en algunos paisajes. «El canal», es fino de acorde y de espíritu.

ANTONIO MENDEZ CASAL
«Blanco y Negro», 1929



«Cristo». 30×25 cm., 1959

Primera exposición individual de Rafael Botí en Madrid

El éxito alcanzado por el pintor cordobés Rafael Botí, con la exposición de sus paisajes abierta en la casa Nancy, de Madrid, es de lo que producen en las gentes «del Oficio» tanto consuelo como sorpresa: tan raro es, por desgracia, el caso de que un joven artista, que no intriga ni tiene padrinos, logre en una primera exposición de sus obras el más franco triunfo entre los profesionales y la crítica.

No era desconocida, desde luego, la labor pictórica de Botí. Desde hace algunos años hemos podido saborear frecuentemente, en las exposiciones generales, el claro y grato espectáculo de sus paisajes.

En la Exposición de Artistas Andaluces, celebrada en el salón del Círculo de Bellas Artes bajo el patrocinio del «Heraldo»; fue entonces cuando pudimos observar plenamente la poderosa atracción ejercida por los cuadros de Rafael Botí en los observadores dotados de sensibilidad refinada; hasta tal punto, que fueron sus lienzos de los contados que merecieron elogios entusiastas, considerándolos entre los que salvaron el prestigio de la pintura andaluza de vanguardia.

Quizá la mejor idea que pueda ofrecerse de la calidad de la obra expuesta por Botí en dicho momento, sea citar que uno de sus cuadros fue adquirido por un pintor.

Mirando esos rincones que pinta de la sierra cordobesa, en donde la materia pictórica ha sido «acariciada» sobre la tela por un pincel enamorado, imaginemos el místico entusiasmo de este artista, que reza a la Naturaleza su oración de pintor sembrando de constelaciones policromas las laderas agrestes donde se yergue la seriedad de la encina y el romero pone sus matices de discreta plata.

Córdoba, tan zarandeada por artistas cegatos, tan mal comprendida, tiene ahora un pintor de sus campos maravillosos.

Quando esta querida ciudad —que con tal perseverancia suele regatear a sus hijos artistas el estímulo de su elogio y el apoyo de su mano— reciba hoy las noticias laudatorias que de Ma-

drid le llegan por obra de este joven pintor que nació entre sus muros, y entre ellos sintió las primeras iniciaciones inefables del arte, yo espero que mi tierra se sentirá orgullosa —franca y comprensivamente orgullosa— de este triunfo que, por exquisito artista y hombre bueno, Rafael Botí se merece.

ANTONIO MERLO

«Pintura Moderna», Madrid, abril 1927



Manuel Gallego, señora de Morales, Rafael Zabaleta y Herrero Minuesa con Rafael Botí el día de la inauguración de su exposición en la Galería Toisón. 1962

El espectador nuevo, de este arte nuevo también, necesita, pues, orientarse, y lo conseguirá él sólo con algo de seriedad y reflexión.

En los mismos cuadros de Botí se puede así notar cómo existe la equivalencia entre lo que se contempla en el lienzo y lo que el espectador tiene visto en la realidad, si se ha preocupado alguna vez de mirarla con intención artística.

Las manchas de color corresponden perfectamente a los estados de luz libre, que multiforma y multicolora a los objetos en la Naturaleza.

Si el espectador no comprende las entonaciones, los términos, el ambiente, es por lo mismo que no ha educado su vista y por el vicio anterior que hemos dicho de ella.

Aunque no sustentemos como firmes ciertos parangones, diremos que la pintura impresionista es como una sinfonía de color, que no se percibe completamente a primera vista; de igual manera que al oído ineducado le sucede con una amplia instrumentación orquestal.

El arte de Rafael Botí es de la mejor calidad, y algunos de sus cuadros expuestos lo demuestran, pues que siendo obra primeriza ya es buena. Y es que en Arte, como en todos los demás, la verdad impera por sí sola. Todo lo que hay en sus cuadros está visto por el artista, y esto es ya de un valor efectivo, y mucho de ello está bien conseguido.

OCTAVIO NOGALES
«La Voz», abril 1923

Ya estábamos sintiendo la comezón de ver algo interesante en pintura.

Al fin, ya encontramos hoy, algo que se sale de lo vulgar y manido: La obra pictórica de Rafael Botí.

Las bellas calidades de su bien surtida paleta se transportan íntegras al lienzo, sin embarullarse.

Es, pues, Rafael Botí, un paisajista de fina sensibilidad, nada propenso a desfiguraciones de fácil y cómoda obtención, que somete y pule su estilo en normas dignas y cabales que revelan un buen talento cultivado que le permite reflexionar sobre las ideas estéticas y luego aquilatar su gusto.

O. «El Pueblo Vasco», Bilbao. abril 1933

Rafael Botí, cordobés, no recoge en su retina más que el matiz, la nota, el consonante o el asonante, para producir siempre un verso bello con fondo de sonatina. Todos sus cuadros poseen el encanto de una timidez, de una inocencia, de una pureza de visión y pensamiento que los distingue de la vulgaridad que nos circunda.

Cuando Rafael Botí pinta, elimina, adelgaza, simplifica, elevándose en la luz, sin preocuparse del dibujo, de lo ciclópeo de los volúmenes, de lo borroso de la composición de otros, alado, inefable, soñado.

Cuando un pintor sublimiza, aristocratiza su obra, tal como Rafael Botí nos la muestra, pensamos que Dios nos compensa de la mentira de tanto bárbaro, ignorante, inepto, como estamos soportando en esta desdichada era que nos ha tocado conocer.

JOSE PRADOS LOPEZ
«Madrid», enero 1963



Rafael Botí con Pedro Bueno y el coleccionista Santiago Castro Cardús, en el Círculo Bellas Artes en su exposición. 1959



Rafael Botí con su hijo, Angel López Obrero y el matrimonio Rubio, en la inauguración de la exposición de «Los Independientes», en la Galería Lázaro. 1977

A los diez años, un niño cordobés llamado Rafael Botí visitaba por primera vez, un Museo (el Municipal de Córdoba) y un estudio de pintor (el de Julio Romero de Torres). Fue tal la impresión causada en él por este descubrimiento de la pintura que, a los pocos días, se matriculaba en la Escuela de Artes y Oficios. De entonces acá, los viajes, las becas, las exposiciones, la estancia en París, la amistad con Vázquez Díaz y su retorno constante a Andalucía. Un largo camino hecho día a día, con serena pasión y sinceridad artística. Un conjunto sereno, sobrio, elementalizado.. Unas formas concretas, sólidas, permanentes. «La obra plástica siempre se asentará sobre una arquitectura de equilibrio, ritmo y matiz» —decía el

pintor recientemente—. Un equilibrio entre paisaje y edificio, un ritmo vibratorio en el agua y en el aire, un matiz lleno de sutileza para marcar las fronteras del objeto y la luz, un autocontrol riguroso, para no ceder a la tentación luminosa y colorista del Sur. Una actitud senequista ante la Naturaleza, que transciende al cuadro. Una actitud propia de un pintor de Córdoba, que dice: «Me gusta de Córdoba el silencio que hay en sus calles y ese aroma que viene del campo, que es una lástima no pueda expresarse con todos los recursos de la paleta del pintor...»

JAVIER RUBIO
«ABC», marzo 1972

Un artista con sensibilidad, recoleto hasta ser huidizo, gustador de temas íntimos, de paisajes en donde la sugerencia se muestre propicia, conocedor de modos y maneras—es inegable en él la huella del cubismo—y corto de medios de expresión o de oficio, expone en el Círculo de Bellas Artes una colección de obras, todas sometidas a un sentido literario que las avala y sostiene. Pepe Caballero hace un bello prólogo de este artista, con temperamento y gracia lírica, que posee, entre otros méritos, una sinceridad que se aprecia en cada toque del pincel sobre la tela.

MANUEL SANCHEZ-CAMARGO
«Hoja del Lunes», noviembre 1959

“El sensacionalismo del pintor Botí”

Sus cuadros son reflejo indudable de un carácter y de una psicología.

Para Rafael Botí la vida es sosiego y calma, reposo en el paisaje quieto, silente, espiritualizado; serenidad en los jardines, por los que parece que ha de transitar la sombra inexpresiva de algún religioso abstraído en la oración o la de una pareja de enamorados para los que no hace falta el diálogo porque el amor habla con los ojos cuando los labios se han rendido apasionadamente al silencio. Porque Rafael Botí es un lírico, espíritu que sabe valorar como pocos la grandeza de un campo o un huerto solitario, que nos habla, sin embargo, a nuestro paisaje interior.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS
«El Ruedo», diciembre 1959

“Rafael Botí y su pintura descontaminada”

«Descontaminada». Buena forma de calificar esta pintura sentida, humilde, poética de Rafael Botí. Que además no se considera genial. Doy fe de su sinceridad. Estoy seguro que Córdoba va a llevarse una grata impresión de este hijo pródigo que viene a alegrar nuestros sentidos con su pintura descontaminada, tras medio siglo de ausencia.

Bienvenido a casa, señor Botí.

FRANCISCO SOLANO MARQUEZ
«El Semanario Cordobés», marzo 1973

Rafael Botí es un pintor de Paisajes. Y estos paisajes que cuelgan en la Galería Studio, nos hablan de Córdoba en la nostalgia de un pintor cordobés—y muy cordobés—en Madrid, donde no hay día que no se miente la capital amada en su hogar, pero también evocan el Mar Cantábrico mostrándonos un buen pintor marino y como en un contraste en sentimientos pictóricos, también cuelga unos bellos óleos de interiores, un aparador y un rincón de librería. Unas figuras divinas de Nuestro Señor en la imagen tan cordobesa del Cristo de los Faroles y un crucificado dan ambiente y religiosidad a la muestra, desde todos los puntos admirable.

Un gran pintor que llevaba cincuenta años sin exponer en Córdoba y que a ella vuelve sin haberse dejado arrastrar por los nuevos modos pictóricos y los ismos que durante medio siglo han zarandeado la pintura española. Un gran artista de la paleta clásica cuyos extraordinarios grises nuevamente volvemos a admirar.

JOSE VALVERDE MADRID
«ABC», abril 1973

En el caso de Rafael Botí, a quien el señor Guerra Lozano, con plausible galantería, le ha cedido el «hall» de entrada de la Diputación, para que exponga sus pinturas, no es empresa hallar al artista. Sin quimeras, sin alucinaciones, sin complejos de perplejidad nos sale al paso desde el espectro de sus paisajes. El muro en blanco, íntegro para la virtud del color. Y los cuadros de Botí abren en él motivos lejanos de luz y de gracia. Paisajes, aguas, barcas, árboles, casitas.

¿Cuál es la cualidad emocional de este fino pintor? Ternura por la naturaleza. ¿Y su cualidad técnica? Virtuosismo para sacarle a los tonos sus matices más castos. Botí, que es tan experto como el mejor impresionista en buscar fórmulas suntuosas, huye sin embargo de

la mera vibración decorativa. Prefiere el paisaje que «siente» al paisaje que «canta». No en balde este joven artista es un buen músico y su instrumento la viola.

El paisaje de Botí, se ha lavado previamente de sonoridades agudas. No es impresionista, pero ni tampoco expresionista ni surrealista. Es reflejo de las alegrías y dulzuras de la Naturaleza en un espíritu melancólico y sensual.

Botí está predispuesto a pintar la brizna de hierba con el esmero de color, que la colina solemne. Pero le atrae sobre todo el agua. Porque el agua es profunda y musical.

FERNANDO VAZQUEZ
«La Voz de Córdoba», 1931



«Un patio de Córdoba». 46×38 cm., 1960

HOMENAJE PATROCINADO POR EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
Y LA DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES

a Rafael Boti
el ferocísimo amigo
que en la vida del arte
y en la amistad me acompaña
siempre

Vázquez Díaz

hoy 21 marzo 1962

CATALOGO DE LA EXPOSICION ANTOLOGICA

Dedicatoria de Vázquez Díaz a Rafael Boti



Gregorio del Olmo, María Fernanda Thomas de Carranza, Daniel Vázquez Díaz y Rafael Botí. 1950

Su doble sensibilidad de músico y pintor, le hace percibir la música del paisaje y el canto del mirlo que acompaña su silencio mientras pinta.

Este pintor, tiene su violín que deja en casa cuando viene al campo, para oír la melodía de los cielos.

No cabe mejor definición que puede hacerse de la pintura de Botí: «En sus paisajes hay que guardar silencio para escuchar su música».

Cuando Rafael Botí, va a pintar el paisaje elegido, siempre le acompaña un pájaro.

Bella y fina glosa a la pintura de Botí.

Toda su vida es un largo y atento paseo maravillado ante la Naturaleza.

Hay en este pintor una pureza, una necesidad de pintar que aparece en el hombre desde la infancia y que en Botí se conserva hasta en sus últimas obras.

En nuestra España, sólo hay un pintor de esta pureza: Regoyos en sus pequeños paisajes franciscanos.

Visita todas las exposiciones con sanísima atención y en todas encuentra su humildad algo interesante.

DANIEL VAZQUEZ DIAZ

Del manuscrito catálogo «Galería Lázaro»,
1972



Vázquez Díaz, Botí y Rafael del Zarco. 1960

Discipulo de Daniel Vázquez Díaz, tiene un concepto muy nuevo de la pintura en ese género, conoce las direcciones recientes del arte francés y trata de proyectar su sensibilidad en alguna de ellas. No la engreiremos llamándole genio; sí diremos, en cambio, que dentro de las modalidades por él cultivadas encuentra el matiz fino y armonías de color en obras frescas y claras.

ANGEL VEGA Y GOLDONI
«Heraldo de Madrid»:., abril 1927

“La obra silenciosa y recoleta de un pintor cordobés”

Duras batallas ha librado a lo largo de su vida este pintor cordobés. Llegó a Madrid a los dieciséis años y en su bagaje muchas ilusiones. Recorrió exposiciones y museos por esa insaciable curiosidad que siempre tuvo. Se hizo amigo de los mejores pintores de la época. Amigo entrañable de Vázquez Díaz. No ha dejado de honrarle. Celosamente guarda una bella dedicatoria de él. Está fechada el 21 de marzo de 1962. Dice así: «A Rafael Botí, el fervoroso amigo que en la vida del arte y en la amistad me acompañó siempre».



«La fuente del olivo». 46×38 cm., 1973

La firma de Rafael Botí, está presente en las mejores colecciones de Europa y América. Es un pintor que agrada a los entendidos por su recia personalidad, aunada con fina sensibilidad.

ZITRO
«Córdoba», marzo 1973



«Campos». 54×65 cm., 1955



Pedro Bueno, el arquitecto Feduchí, Aguado y Botí en la exposición de éste último en el Círculo de Bellas Artes. 1959

“Independientes Cordobeses”

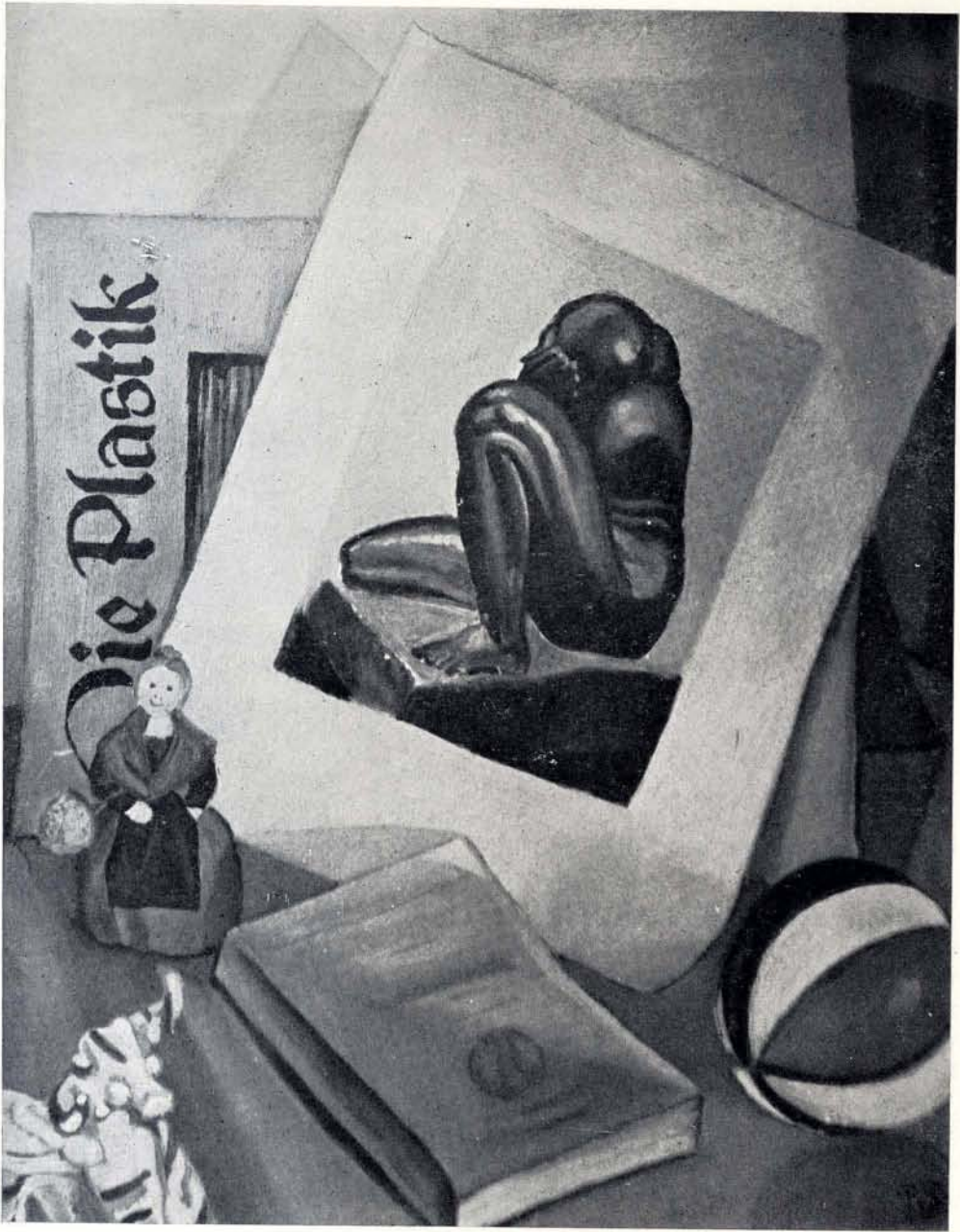
En el mes de febrero ha sido noticia en Madrid, la exposición retrospectiva «SALON DE INDEPENDIENTES» en la que se han exhibido obras de los artistas que, bajo este nombre, constituyeron la «primera vanguardia» española, junto a los «Salones de los Artistas Ibéricos» que lucharon cada uno por su lado, en década de los años 20, por una total renovación de la pintura y la escultura. Esta exposición, debe quedar registrada en estas páginas porque en ella, y como supervivientes de aquel «Salón de los Independientes», han figurado dos importantes pintores cordobeses: Rafael Botí (1900) y Angel López-Obrero (1910). Y porque ellos fueron firmes puntales de aquel grupo renovador —Isaías Díaz, Francisco Mateos, Ponce de León, Díaz Caneja, Arronte, etc.— de aquella promoción deshecha por la guerra, es decir, por la muerte, la cárcel o el exilio.

Los cordobeses Botí y López-Obrero merecen ser evocados conjuntamente en aquellos momentos de la década de los 20. Los dos sorpren-

dieron y escandalizaron a sus paisanos con sendas exposiciones «vanguardistas» en el Círculo de la Amistad o en el Círculo de Labradores, y tanto uno como otro marcharían a Madrid, para ampliar conocimientos, conectar con la recién nacida vanguardia, establecer contactos con Vázquez Díaz —imán por entonces, de todo pintor con vocación renovadora— y vivir el ambiente de las tertulias vanguardistas. Rafael Botí, asiduo a los cafés de la Glorieta de Atocha, junto a Eduardo Vicente, Esplandiú y el gran Alberto Sánchez —«Alberto el Panadero»—, el pontífice vanguardista que iría a morir a Moscú. Los dos lucharon, en suma, por imponer «un arte nuevo», que según frase de Botí, en «España estaba reñido con la perniciosa costumbre de comer a hora fija».

Tras la guerra civil, ambos artistas volverían por los fueros de la modernidad, alcanzando una plenitud que se sigue poniendo de manifiesto —y por muchos años— en cuantas exposiciones individuales celebran.

FRANCISCO ZUERAS
«Nuevo LP», Córdoba, marzo 1977



«Bodegón de los papeles», 41×33 cm., 1928



Rafael Botí visto por Romero Escacena. 1923

Rafael Botí, hombre fuertemente dotado para el arte —en su doble vertiente de pintor y músico, por cierto— tocado por aquel vendaval vanguardista marcharía a París en 1929, para estudiar a Picasso, Braque y Matisse, sintiéndose ganado por el Cubismo. Vuelve a España y se integra en la vanguardia madrileña, con frecuentes estancias en su Córdoba natal, formando parte como López Obrero de aquellos salones de «Artistas Independientes». Conecta en los cafés de la Glorieta de Atocha con los más renovadores artistas de aquel momento —entre ellos aquél que llegaría a ser el gran pontifice de la vanguardia española, Alberto Sánchez, el genial escultor, conocido por entonces como «Alberto el Panadero»— que luchaban por imponer un «arte nuevo» que según frase del mismo Botí, «en España estaba reñido con la perniciosa costumbre de comer a hora fija». Y también Rafael Botí, establecería contactos con Vázquez Díaz, del que recibiría una beneficiosa influencia y

con el que consolidaría una entrañable amistad. Trabajaría incansablemente, después y hasta hoy, en pro del nuevo arte, como iremos comprobando en este estudio.

Quince días después de la proclamación de la República, veinticinco artistas de vanguardia firmaron un escrito titulado «Manifiesto dirigido a la opinión y a los poderes públicos», en pro de una nueva organización del cultivo del arte; entre aquellos nombres importantes —Mateos, Moreno Villa, Planes, etc.— estaba el de aquel artista cordobés de espíritu renovador: Rafael Botí.

Mientras tanto, en aquel Madrid de la postguerra, Rafael Botí volvería por los fueros de pintor inquieto, compatibilizando sus tareas de pintor y músico, ya que era y es un estupendo violinista. Vázquez Díaz diría de él precisamente: «Su doble sensibilidad de músico y pintor, le hace percibir la música del paisaje y el canto del mirlo, que acompaña su silencio mientras pinta». Y Rafael Botí, se impondría con ardores juveniles entre quienes luchaban por la recuperación de la modernidad. Con una pintura que era crisol de muchas vanguardias: el paisaje de Cezanne, la intimidad de Regoyos y la fría luz plateada de su amigo Vázquez Díaz.

FRANCISCO ZUERAS

«Artistas cordobeses en los movimientos vanguardistas del siglo XX», diciembre 1977



Rafael Botí en la inauguración de su exposición en el Círculo de Bellas Artes, con Vázquez Díaz, su nieta Laurita, Juan Antonio Morales y Martín Blázquez. 1959



Rafael Boti, en su estudio. 1970

DATOS BIOGRAFICOS

— *Rafael Botí, nació en Córdoba el día 8 de agosto de 1900.*

— *Estudió dibujo con Julio Romero de Torres en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, modelado con don Victorio Chicote, e Historia del Arte con don Ricardo Agrasot (hijo del pintor Joaquín Agrasot); Escuela de San Fernando de Madrid, Academias libres de París, y desde el año 1919 asiste como discípulo al taller del pintor Daniel Vázquez Díaz, en Madrid.*

— *Estudió música en el Conservatorio de Córdoba y en el de Madrid, teniendo como profesor de viola, a don José del Hierro, y de armonía y composición, a don Conrado del Campo.*

— *En el año 1919, ingresó mediante oposición como profesor de viola en la Orquesta Filarmónica de Madrid.*

— *Su primera exposición personal, la celebró en Córdoba en el Círculo de la Amistad en el año 1923 y posteriormente varias en Madrid, Bilbao, Salamanca y Córdoba; habiendo participado en múltiples colectivas, tanto en España como en el extranjero, entre las que podemos*

destacar: Exposiciones Nacionales, I Bienal Hispanoamericana de Arte, Pintura Española Contemporánea en Lima, Exposición del Arte Español actual en Santiago de Chile, Artistas Independientes, Salones de Otoño, Arte Español 1925-1935, Exposiciones Internacionales de Barcelona, Exposición Regional de Arte Moderno en Granada, Exposición-homenaje Discípulos del maestro Vázquez Díaz, Pintura Moderna en Homenaje a Velázquez, Exposición Homenaje a Zabaleta, etc.

— *Poseen obras suyas, el Museo Nacional de Arte Moderno de Madrid, Museo Provincial de Córdoba, Excma. Diputación de Cuenca. Excelente Diputación de Córdoba, Ministerio de Comercio de Madrid, Bancos de Madrid, y numerosas colecciones particulares se enriquecen con su obra, tanto en España como fuera de ella (Suiza, Brasil, Buenos Aires, Turquía, Italia, Alemania, Francia e Inglaterra).*

— *Fue galardonado en las Exposiciones Nacionales de los años 1924 y 1964, Regional de Artistas Andaluces de Granada en 1930 y fue pensionado en París en los años 1929 y 1931, por la Excma. Diputación de Córdoba.*

EXPOSICIONES

PERSONALES:

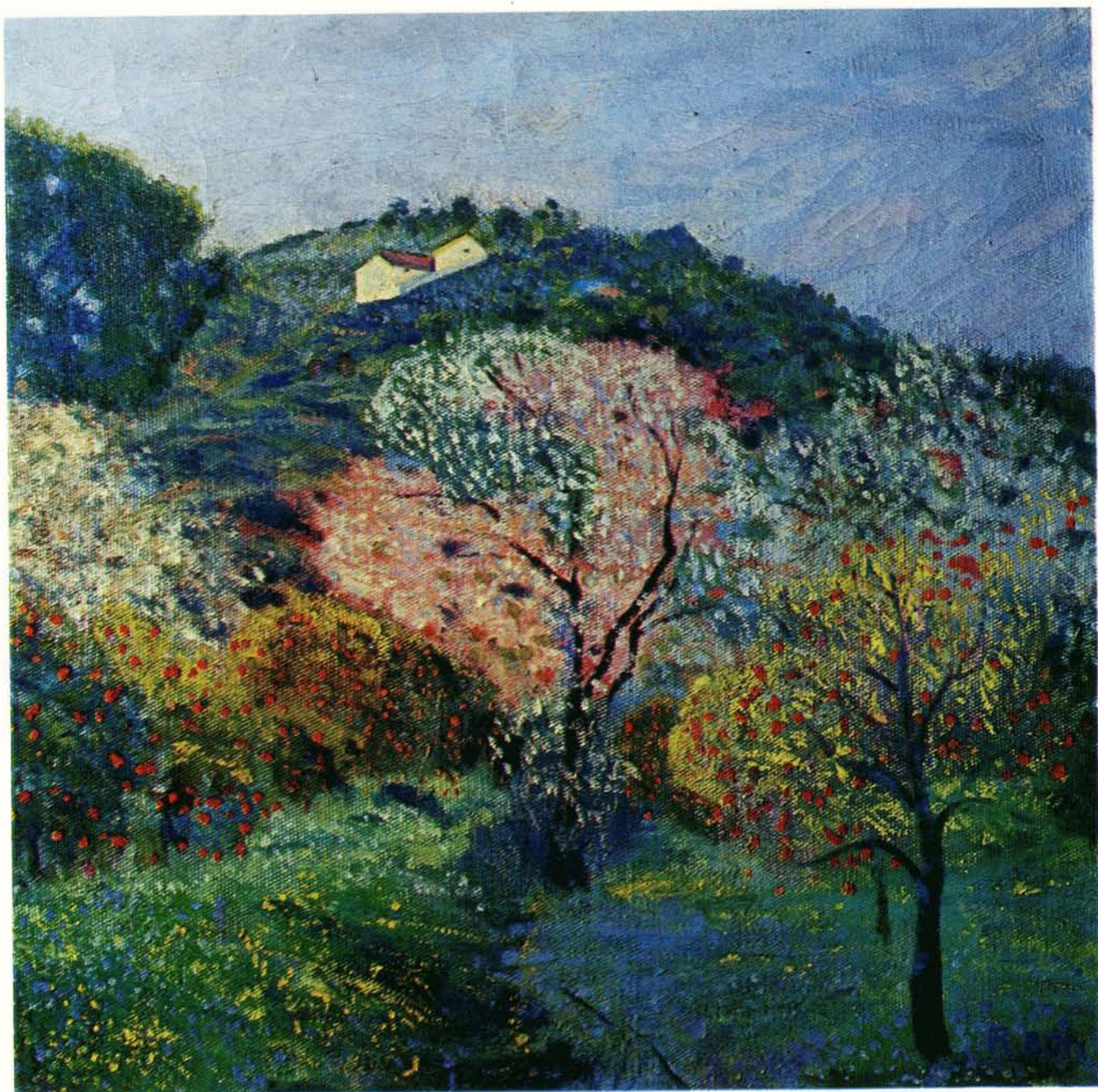
- 1923 *CORDOBA.*—*Círculo de la Amistad.*
 1927 *MADRID.*—*Casa Nancy.*
 1931 *CORDOBA.*—*Excelentísima Diputación.*
 1933 *BILBAO.*—*Asociación de Artista Vascos.*
 1935 *MADRID.*—*Salón de Arte Moderno de la Biblioteca Nacional.*
 1959 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes. Sala Minerva.*
 1961 *SALAMANCA.*—*Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy (Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca).*
 1962 *MADRID.*—*Galería Toisón.*
 1972 *MADRID.*—*Galería Lázaro.*
 1973 *CORDOBA.*—*Galería Studio.*
 1974 *MADRID.*—*Galería Giotto.*
 1978 *MADRID.*—*Ateneo de Madrid.*

COLECTIVAS:

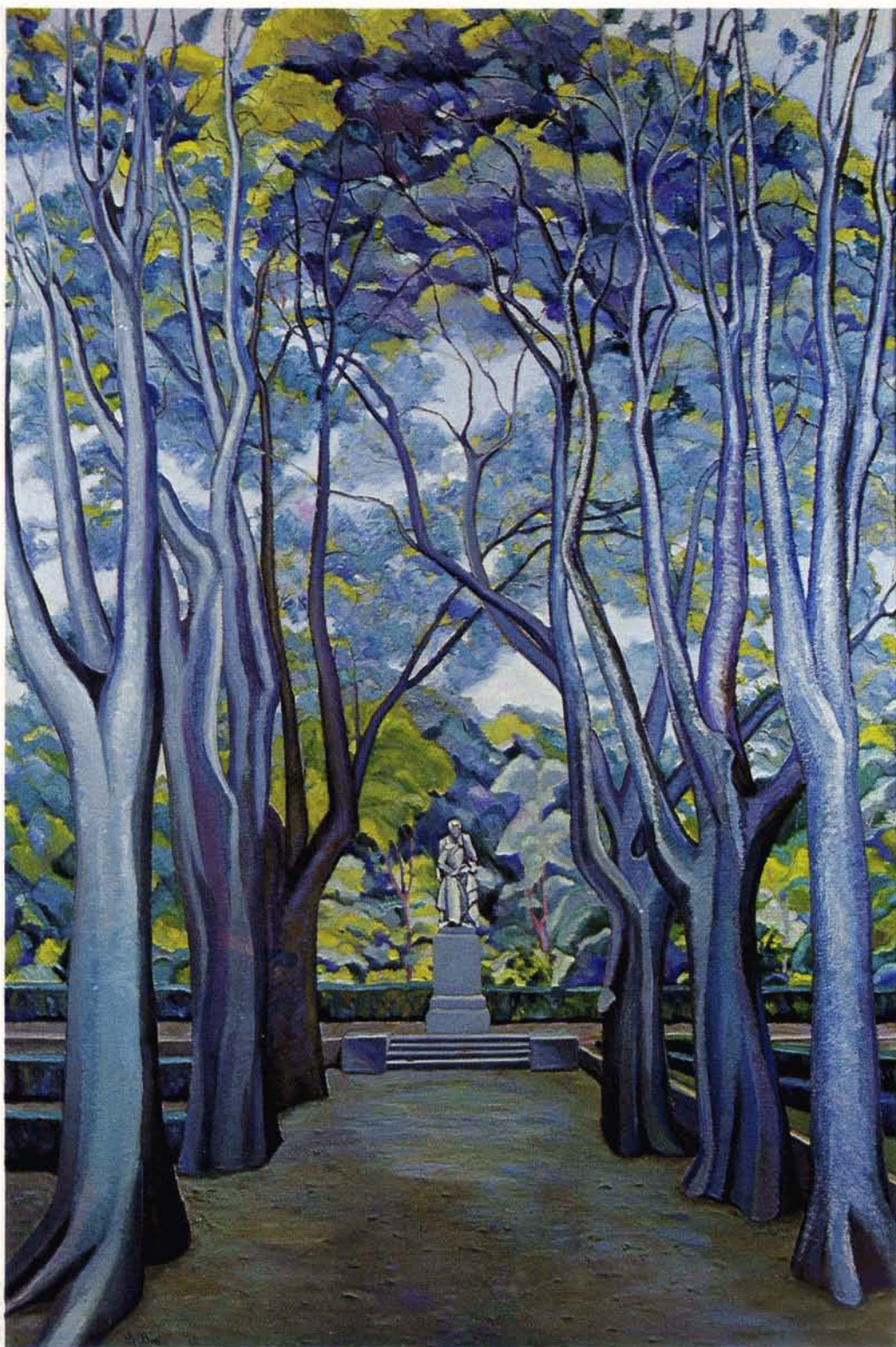
- 1921 *MADRID.*—*Segundo Salón de Otoño.*
 1922 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1923 *MADRID.*—*Cuarto Salón de Otoño.*
 1923 *CORDOBA.*—*II Exposición de Arte, Sociedad Cordobesa de Arqueología.*
 1924 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1924 *MADRID.*—*Quinto Salón de Otoño.*
 1925 *MADRID.*—*Sexto Salón de Otoño.*
 1925 *CADIZ.*—*Exposición de Bellas Artes de Cádiz.*

- 1925 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes.*
 1926 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1926 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes.*
 1926 *MADRID.*—*Casa Central de Andalucía. Primer Salón de Pintores andaluces.*
 1927 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes. Heraldo de Madrid. «Artistas Andaluces».*
 1927 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes.*
 1929 *MADRID.*—*Salón Heraldo de Madrid. «Artistas Independientes».*
 1929 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1929 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes.*
 1929 *BARCELONA.*—*Exposición Internacional de Barcelona. Primera Serie.*
 1929 *BARCELONA.*—*Exposición Internacional de Barcelona. Segunda Serie.*
 1929 *GRANADA.*—*Exposición Regional de Arte Moderno. Patronato Nacional de Turismo.*
 1930 *MADRID.*—*Círculo de Bellas Artes.*
 1930 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1930 *GRANADA.*—*Patronato Nacional de Turismo. Casa de los Tiros.*
 1932 *MADRID.*—*Lyceum Club Femenino.*
 1932 *MADRID.*—*Museo de Arte Moderno. Nueva Federación de las Artes.*
 1934 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1936 *CORDOBA.*—*Exposición Regional de Bellas Artes.*
 1936 *MADRID.*—*Exposición Nacional de Bellas Artes.*
 1947 *MADRID.*—*Sala Gumiel.*

- 1948 MADRID.—Exposición Nacional de Bellas Artes.
- 1951 MADRID.—I Bienal Hispanoamericana de Arte.
- 1953 LIMA.—Pintura Española Contemporánea. Museo de la Universidad de San Marcos.
- 1953 CORDOBA.—Liceo Artístico y Literario de Córdoba. Centenario de su fundación.
- 1953 SANTIAGO DE CHILE.—I Feria-Exposición Productos Españoles. Exposición del Arte Español actual.
- 1953 MADRID.—Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes. Homenaje a Vázquez Díaz.
1958. MADRID.—Palacio de la Música.
- 1959 CORDOBA.—Sala Municipal de Arte.
- 1960 MADRID.—Museo Municipal. Homenaje a Velázquez.
- 1960 MADRID.—Salón Darro. Arte Español 1925-35.
- 1960 MADRID.—Círculo de Bellas Artes. Pintores y Escultores de la fiesta de los toros.
- 1961 MADRID.—Sociedad de Amigos del Arte. Homenaje a Zabaleta.
- 1961 MADRID.—Galería Toisón. «El mar».
- 1961 SEVILLA.—Escuelas de Cazalla de la Sierra. Organización Excma. Duquesa de Alba.
- 1962 MADRID.—Galería Quixote.
- 1963 MADRID.—Salones de la Delegación Nacional de Sindicatos. XIII Exposición de Pintores de Africa.
- 1964 CORDOBA.—Patio del Carmen. Salón Córdoba, 1964. Homenaje a Mateo Inurria.
- 1964 MADRID.—Exposición Nacional de Bellas Artes
- 1967 MADRID.—Galería Círculo 2. II Premio «Círculo II».
1967. MONOVAR.—Salón de Actos del Ayuntamiento. Homenaje a Vázquez Díaz.
- 1971 MADRID.—Galería Tartessos. Vázquez Díaz, Exposición-homenaje. Discípulos del maestro.
- 1972 MADRID.—Galería Tartessos. Pintura actual.
- 1973 MADRID.—Galería Lázaro. Clausura de temporada.
- 1974 CORDOBA.—Galería Céspedes y Salón Liceo. Homenaje a Manuel Cabello.
- 1974 MADRID.—Círculo de Bellas Artes. Homenaje a Juan Esplandiú.
- 1974 MADRID.—Galería Giotto. Obras de la Galería.
- 1974 MADRID.—Galería Lázaro. Clausura de la temporada.
- 1974 MADRID.—Galería Giotto. Arte Español Contemporáneo.
- 1975 MADRID.—Galería Jayo. Homenaje a Nicanor Piñole.
- 1975 MADRID.—Galería Grin-Gho. Dieciséis Pintores Cordobeses de hoy.
- 1975 MADRID.—Galería Jayo. Pintores galería.
- 1976 CORDOBA.—Galería Studio. 17 Pintores de Córdoba.
- 1976 MADRID.—Galería Giotto. Enero.
- 1976 MADRID.—Galería Giotto. Mayo.
- 1976 CORDOBA.—Sala Municipal de Arte. Primer Salón Pintores Cordobeses.
- 1977 MADRID.—Galería Lázaro. Salón de Independientes 1929-77.
- 1977 MADRID.—Galería Lázaro. Primer lustro galería.
- 1977 CORDOBA.—Galería Juan de Mesa. «Plásticos cordobeses».
- 1977 CORDOBA.—Galería Studio.
- 1978 MADRID.—Círculo de Bellas Artes. «Gran premio de pintura».
- 1978 MADRID.—Pabellón de Cristal-Feria del Campo. «Expo-Ocio» con Galería Juan de Mesa.
- 1978 CORDOBA.—Galería Manuela. «Homenaje a Vázquez Díaz».



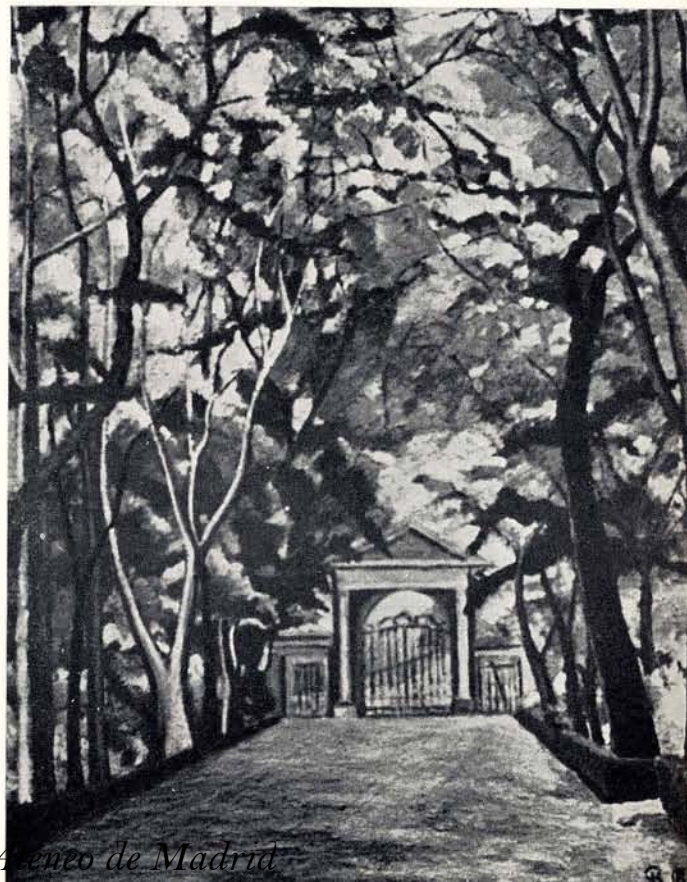
«De la sierra de Córdoba». 60×60 cm., 1922



«Arboles del Botánico». 146×98 cm., 1933



«Interior». 38×46 cm., 1945



«Paseo del Botánico». 61×50 cm., 1970



«Córdoba mora». 80×65 cm., 1926



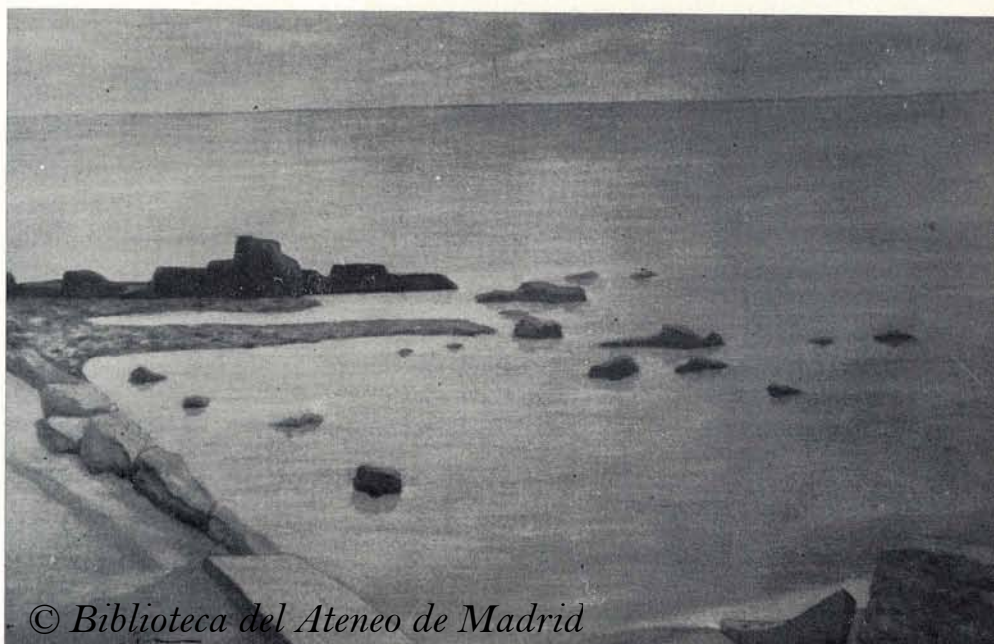
«El aparador». 46×38 cm., 1960



«Pueblo alicantino». 65×100 cm., 1967



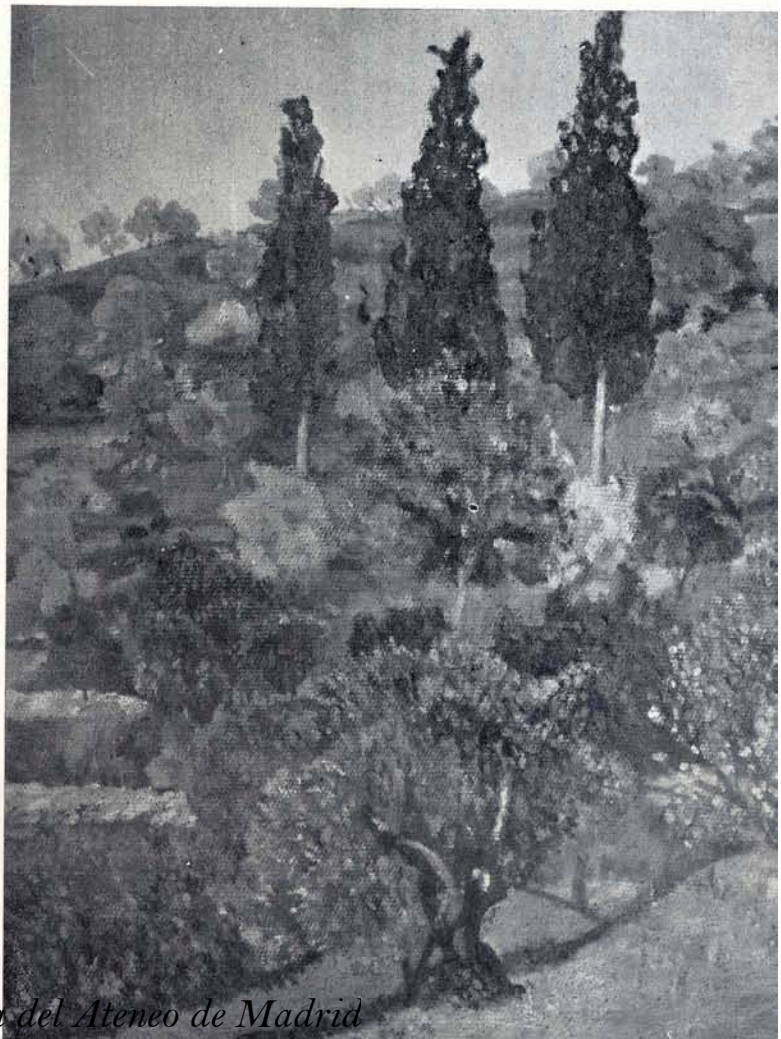
«La cesta de las frutas».
46×38 cm., 1942



«Ruinas en el Mediterráneo»
81×130 cm., 1970



«Barrio de las latas». 33×41 cm., 1940



«Los cipreses». 50×42 cm., 1922



«Patio de la juderia». 93×74 cm., 1972



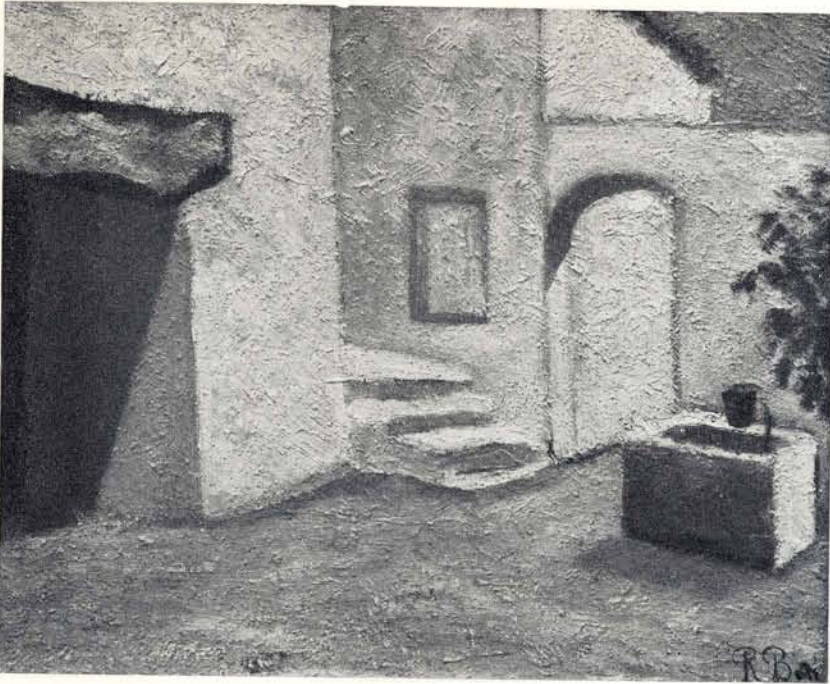
«Paisaje de Madrid». 60×81 cm., 1942



«Pastoral». 54 × 65 cm., 1974



«Entrada a las ermitas»
25 × 30 cm., 1925



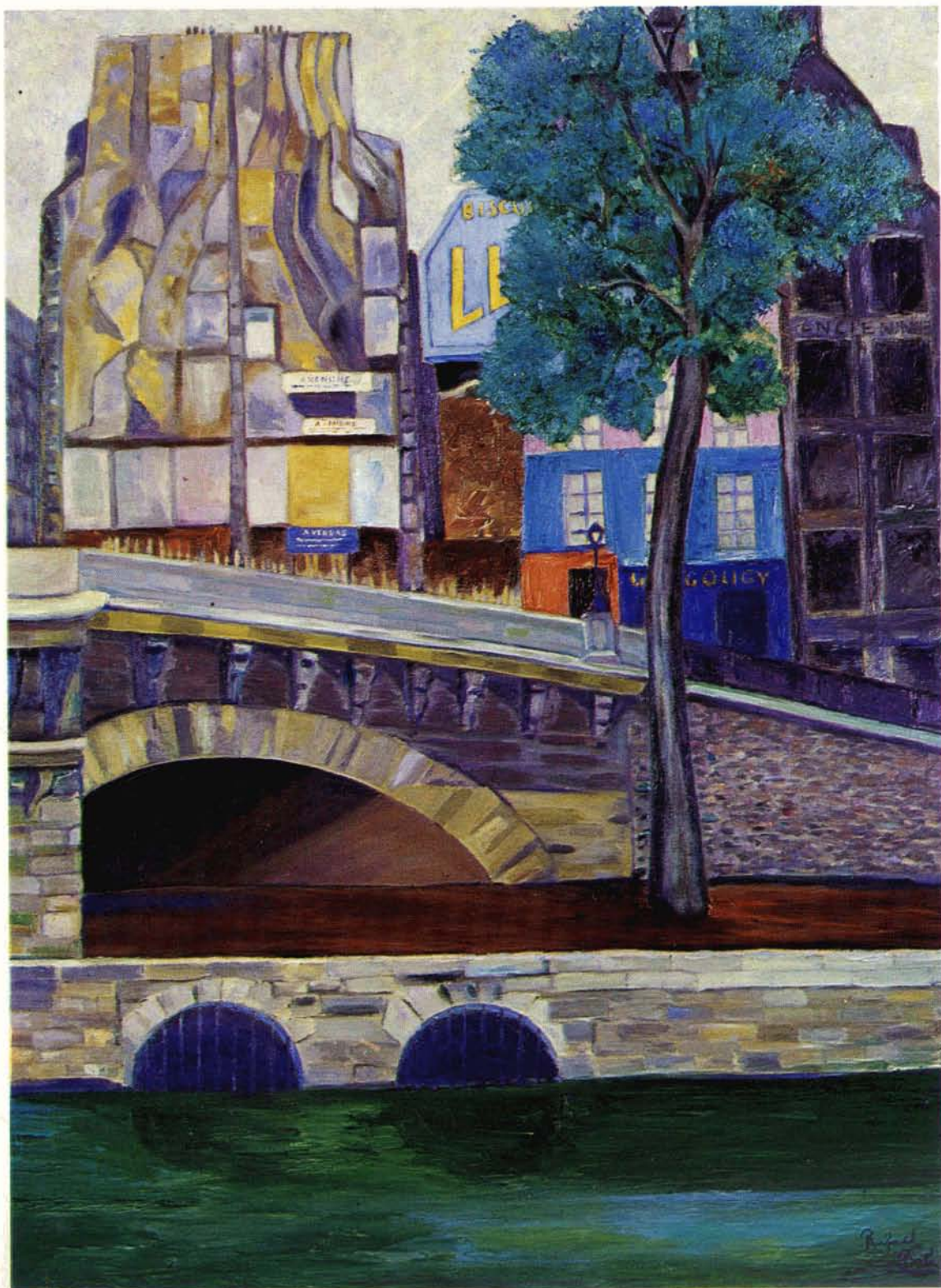
«De un lugar». 25×30 cm., 1938



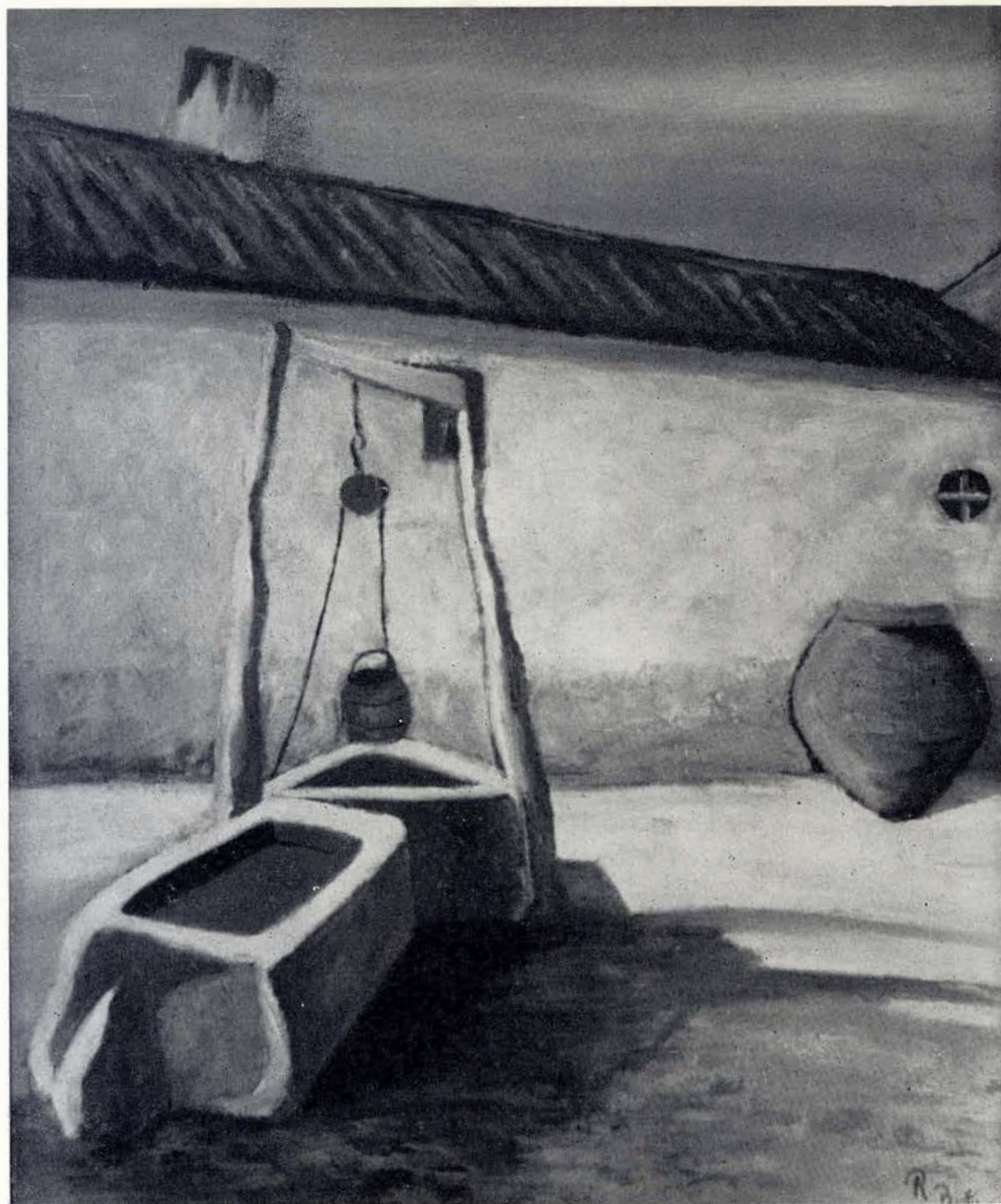
«La casa del jardinero»
75×58 cm., 1932



«Mirando al Guadarrama». 38×46 cm., 1978

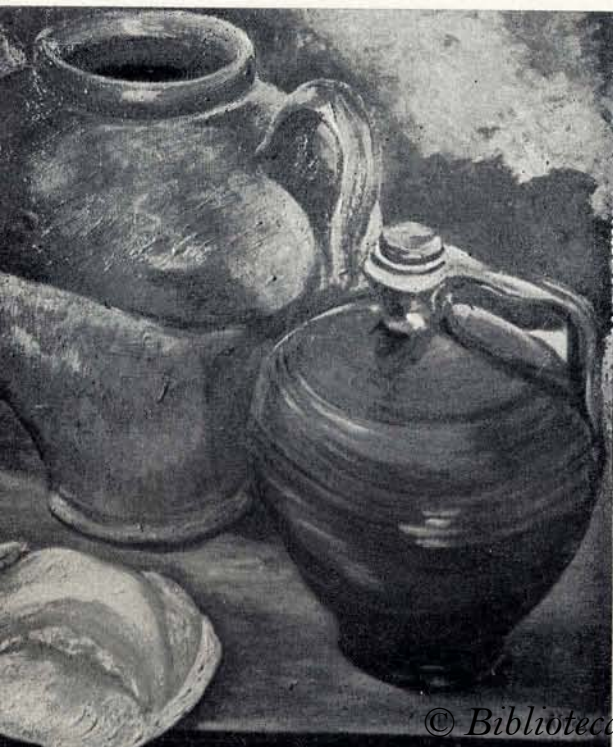
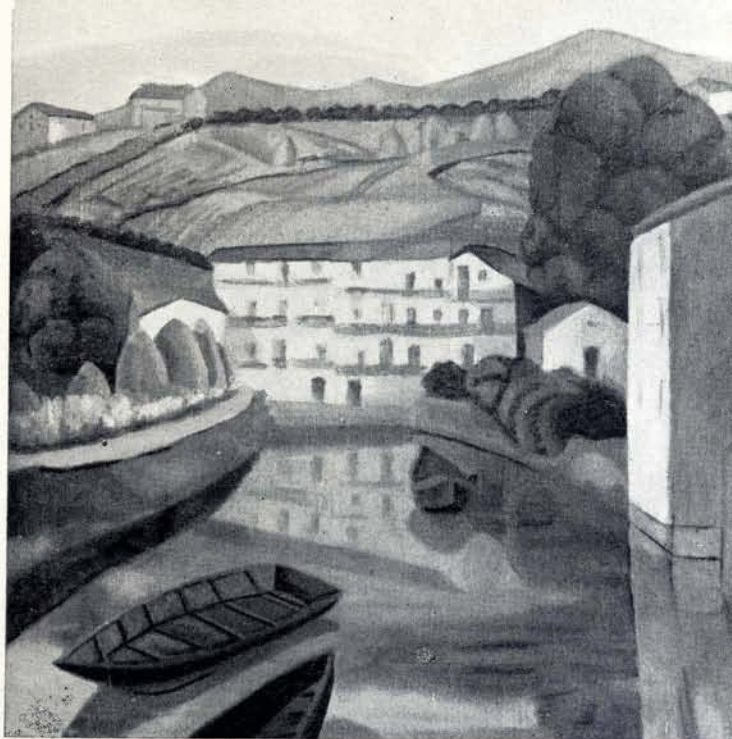


«Viejo Paris». 81 × 60 cm., 1929



«Nocturno manchego». 46×38 cm., 1950

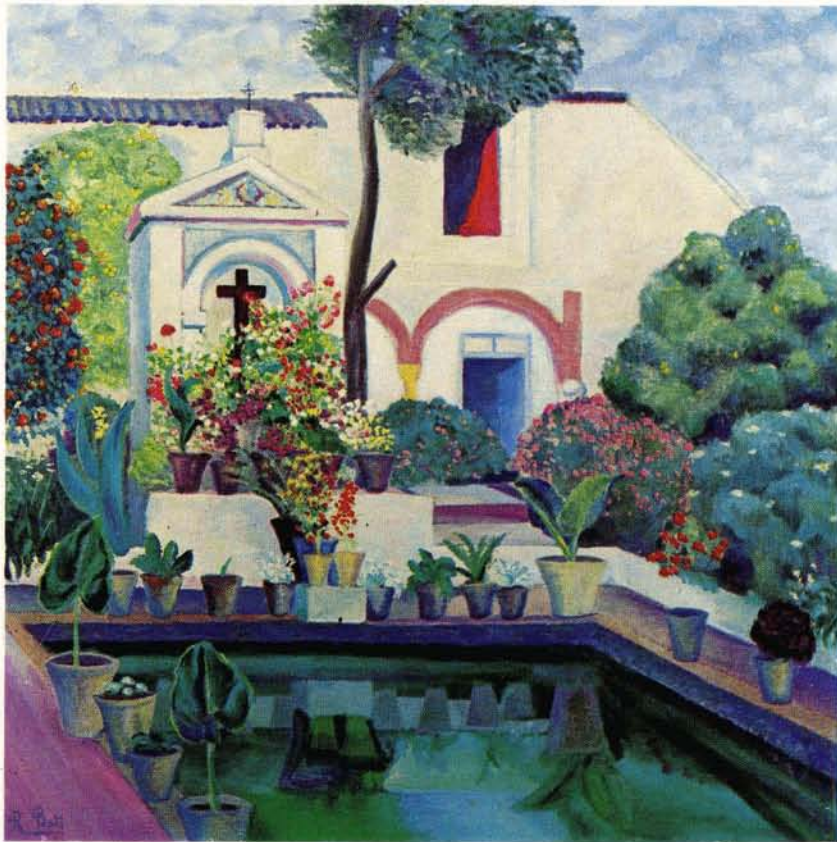
«El canal». 60×60 cm., 1926



«El pan». 60×60 cm., 1954



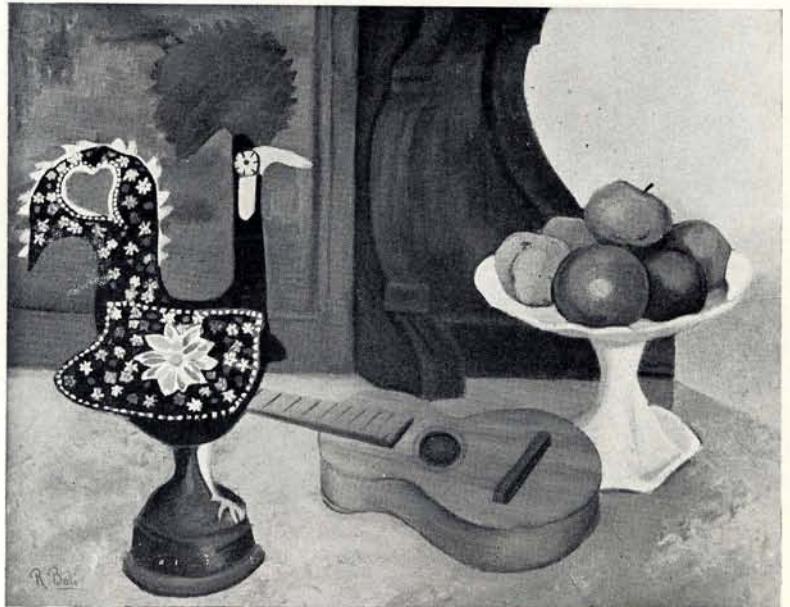
Jardín Botánico». 60×60 cm., 1923



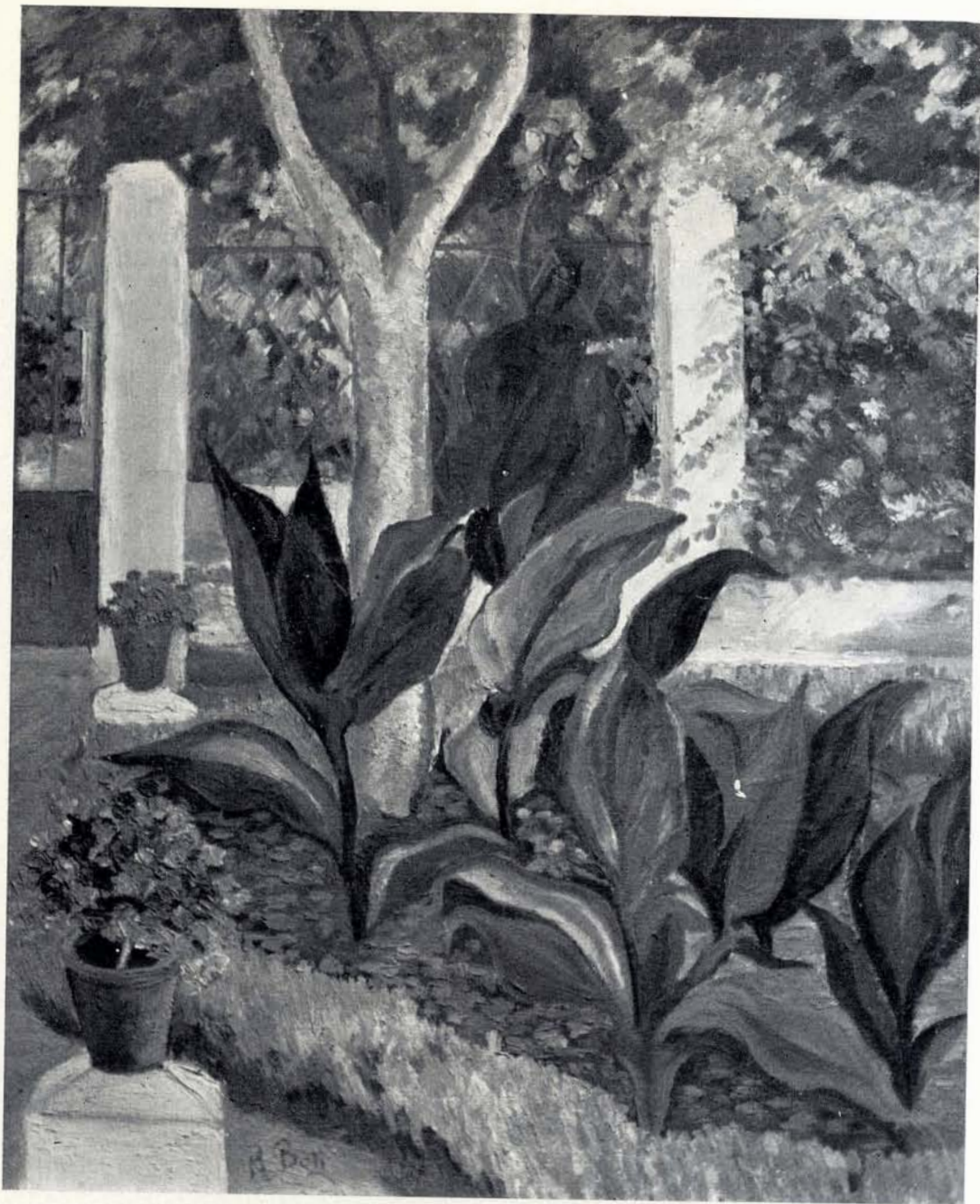
«El patio de La Fuensanta». 60×60 cm., 1925



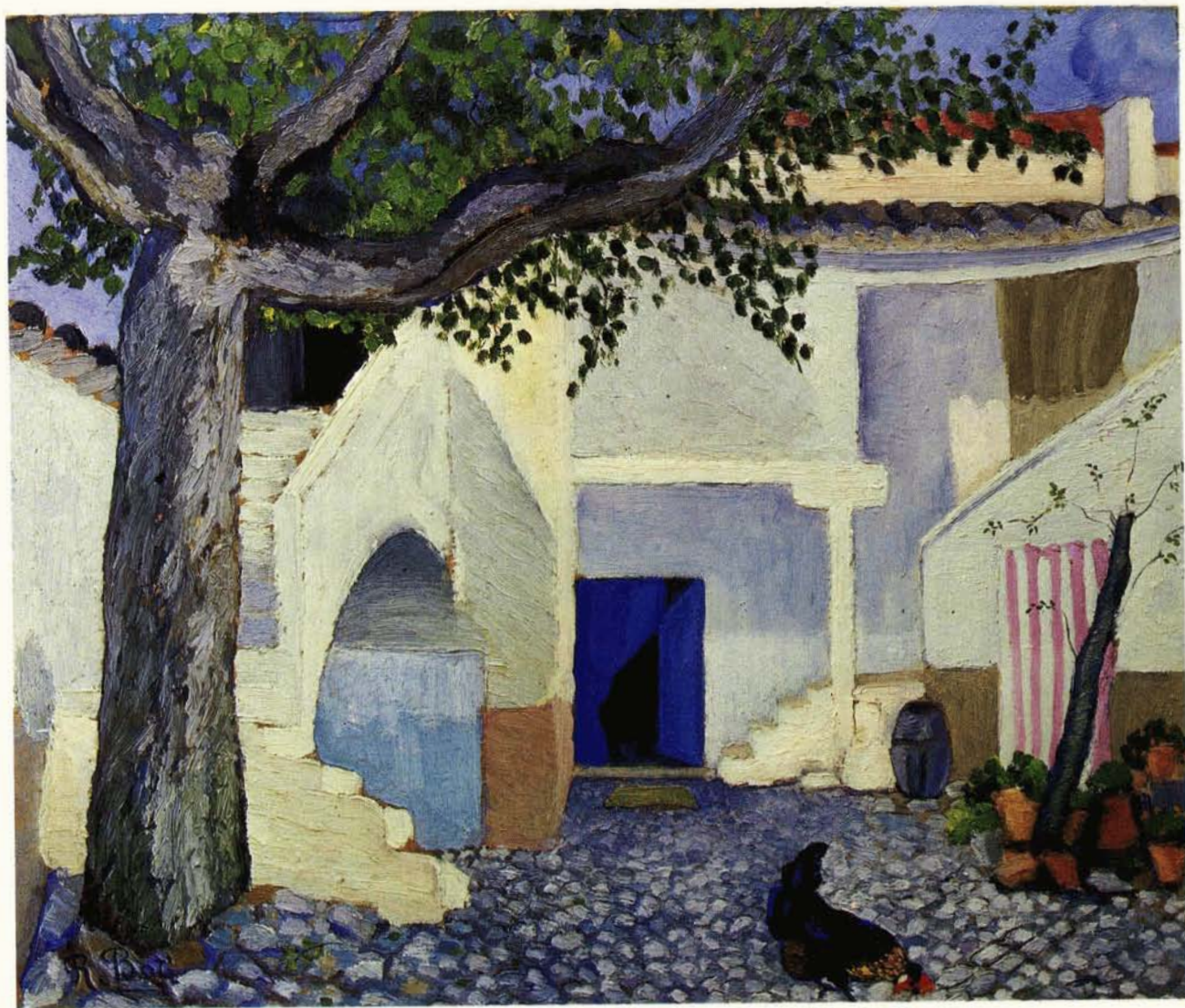
«Patio del Museo Romántico».
61×50 cm., 1945



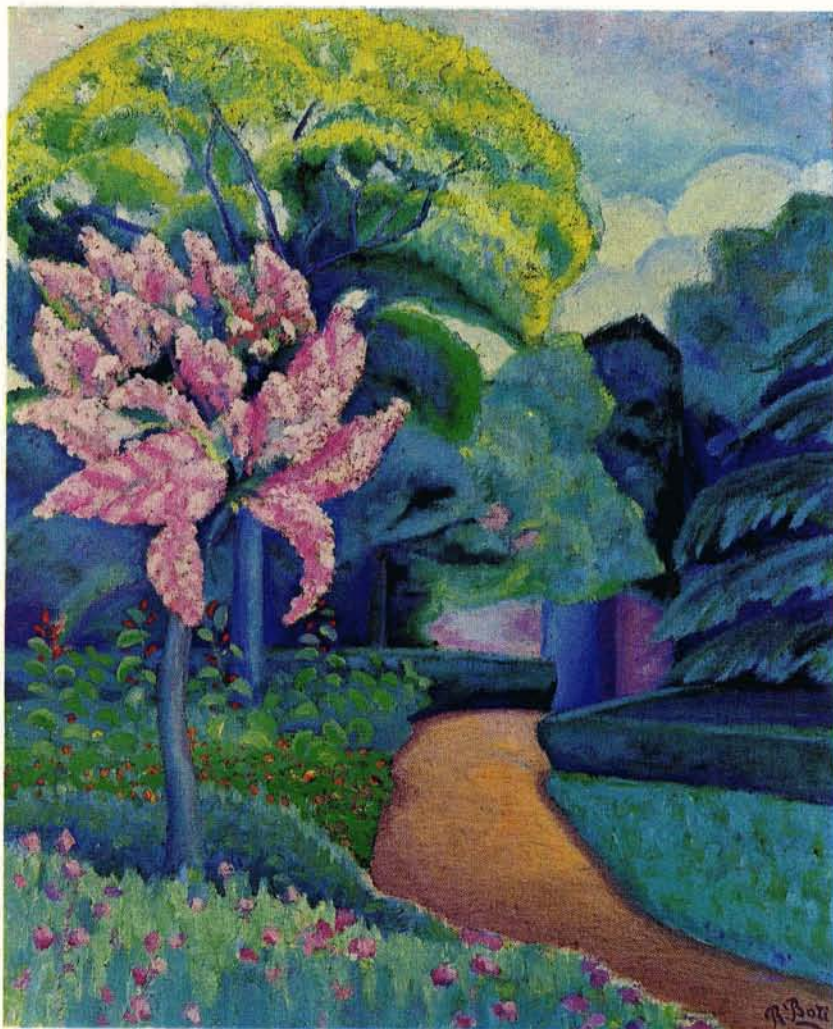
«El Gallo portugués».
50×65 cm., 1947



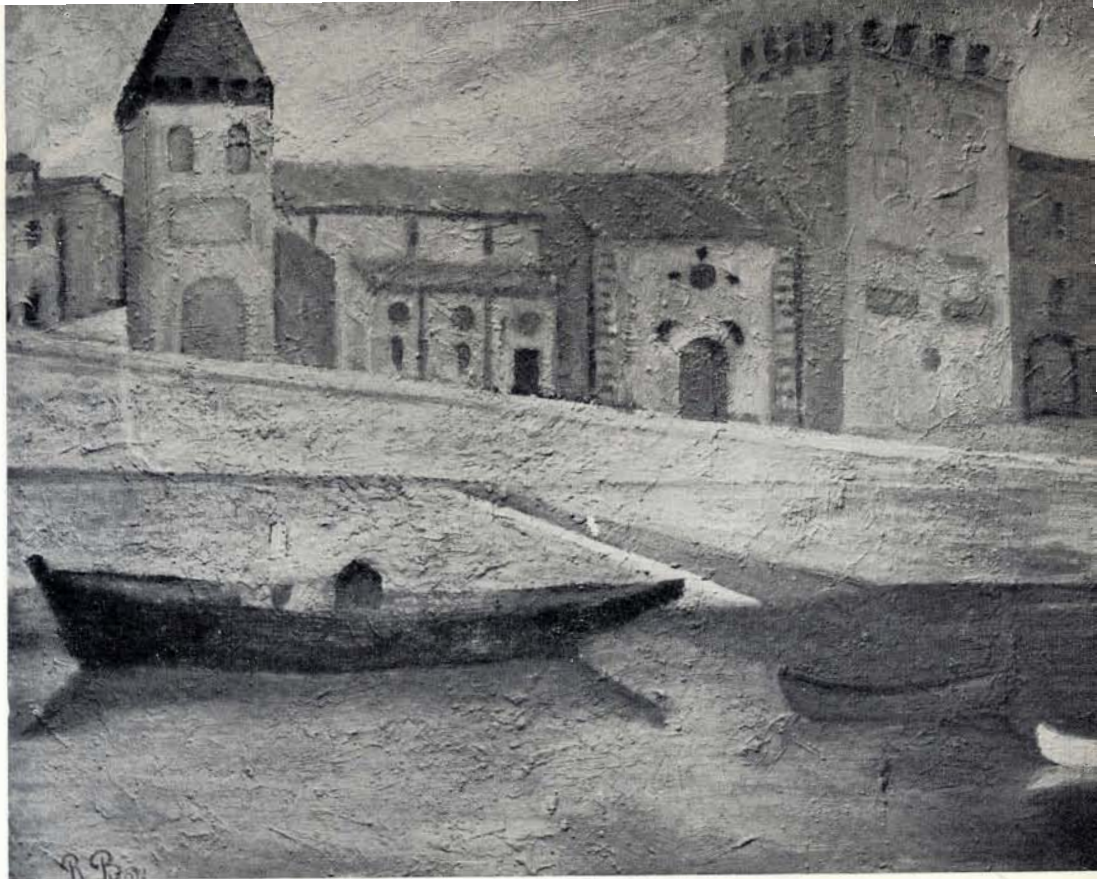
«Las cañas», 46×38 cm., 1945



«Patio manchego». 25×30 cm., 1938



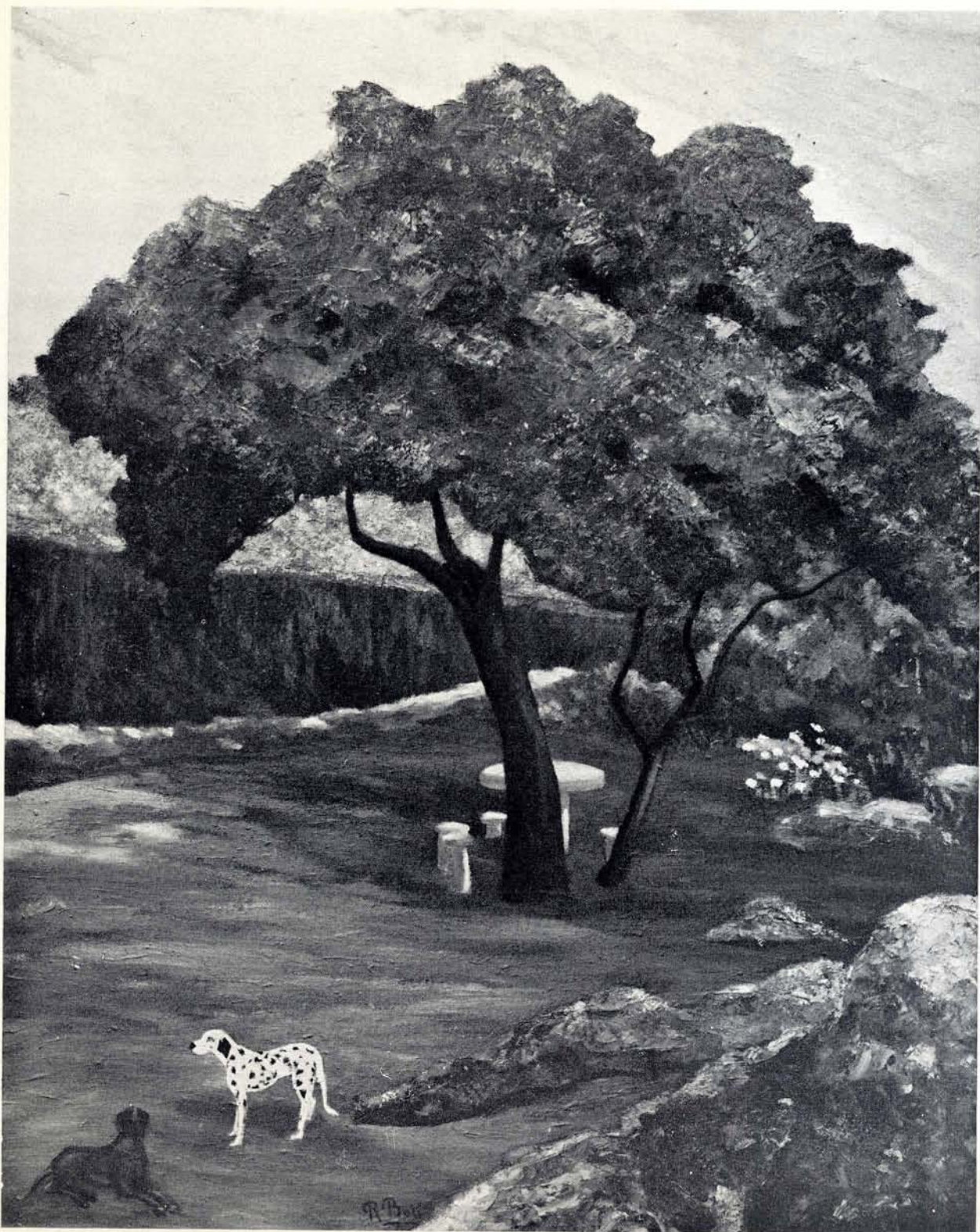
«El árbol rosa». 41×32,5 cm., 1928



«Puerto de Gijón».
38×46 cm., 1935



«El patio de la madama».
38×46 cm., 1961



«Karin y Raf». 92×73 cm., 1973



«Viento de Levante». 74×94 cm., 1974



«La estación de Atocha». 25 × 30 cm., 1925



«Paisaje De La Mata».
50 × 65 cm., 1970



«Brindis a mi amigo Eugenio Noel».
50 × 74 cm., 1951



«Rincón del huerto de la casa de Lope de Vega». 50 × 65 cm., 1947



«El nido». 30 × 25 cm., 1962



«El viejo tronco». 93×74 cm., 1977



«Peces». 65×54 cm., 1976



«El baño de sol»
34,5×43 cm., 1978



«Bodegón de Fuenterrabía»
38×46 cm., 1978



La jarra de Talavera, 54 × 44 cm., 1978



ATENEO DE MADRID - SALA DE SANTA CATALINA

TELEFONO 231 04 61

**INAUGURACION: 2 DE NOVIEMBRE 1978 A LAS 7.30 TARDE
HORAS DE VISITA: 5 A 9 TARDES**

© Biblioteca del Ateneo de Madrid

Rafael Botí:

“Pintura para escuchar”

Existe una pintura cuya excelencia deriva desde luego de lo que se pinta, pero desde luego de lo que se siente. Del hecho de tener un corazón distinto y un pincel para confesarlo. Los cuadros de estos pintores aparte también se ven, aunque se oyen antes.

El primero fue fray Angélico. Después hubo más, no muchos: recuerdo a Zurbarán, a Blake, a Regoyos, al aduanero Rousseau. El último entre los que conozco puede ser Rafael Botí.

En lo que es, no falta ni sobra nada. Me consta que Botí ha tardado mucho en exponer. Es lógico, de una cuestión tan personal no se habla en seguida. Pero no debe temer nada. Seguramente, pase lo que pase, en pintura habrá siempre sitio para lo que es verdad.

RAMON FARALDO

«YA», Madrid, noviembre 1959

Rafael Botí, representa algo único. Vázquez Díaz, le sitúa en línea con los «Nobis» o ilusionados y le sitúa en su sitio. Botí no es estilo ingenuo, según el tipo Aduanero Rousseau, que no excluye cierta pobreza de espíritu. Es lo contrario, saturación de espíritu. El color estricto, la línea simple, la pulcritud, no significan en él escasez—no saber o no poder hacer otra cosa, como tanton ingenuos—, sino elección responsable de aquello que dice mejor, y con medios más puros lo que se quiere decir. Y lo que él quiere es conceder lo menos posible a la materia que llamamos pintura y lo más posible a la intensidad personal que llamamos alma.

Lo cierto es que una tela de Botí, allí donde esté, expresará limpiamente una delicadeza, una ternura que acompaña exclusivamente su firma de pintor.

RAMON FARALDO

«YA», Madrid, diciembre 1962

Abreviando: la apasionante aventura de tu obra es cuanto no parece tener de aventura ni de pasión. Mutismo. Serenidad. «Un pájaro canta siempre en tus colores», afirma alguien. Dífiero: no canta, escucha. Aprende a ser pájaro. Excluyendo ornitología, tú nos haces perceptibles, respirantes, vivible, esa misteriosa lógica del arte.

Soñaste con vestir de luces y pisar los ruedos de la torería. No fue casualidad que don Daniel te eligiera a ti, por esbeltez, silueta y prestancia de casta para suplir aquello que, en el retrato de Manolete, no pudo éste hacer en persona, victimado ya el héroe por el marrajo «Isleño».

Y lo más asombroso. Porque, abandonando estoques de muerte y muletas del color que anticipan su misión, empuñaste un arco de violín. Fuiste clasificado músico ejecutante. Esto es estupendo.

RAMON FARALDO

«YA», Madrid, febrero 1976



«Luz de mañana en el jardín».
46×38 cm., 1967